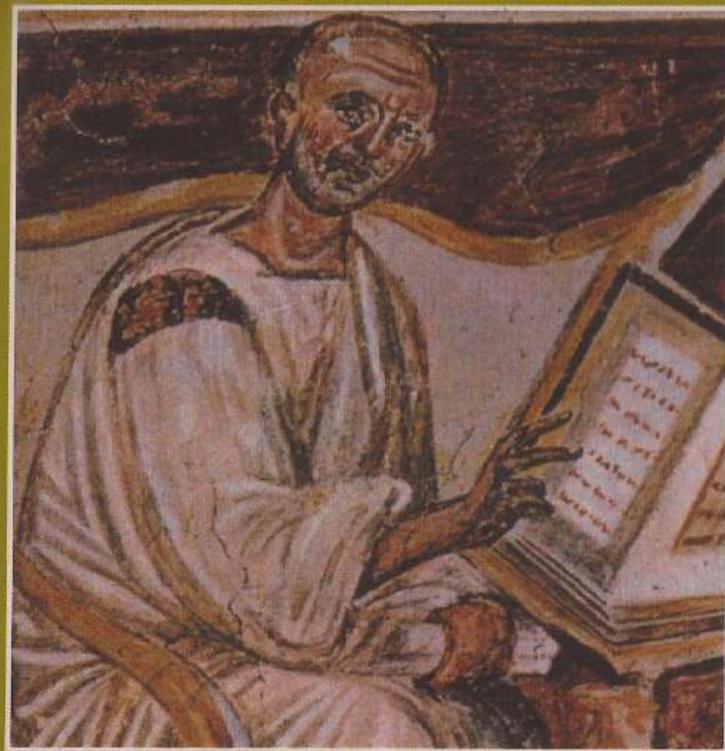


Luis Sánchez Navarro

Acercarse a la Palabra



BREVE INICIACIÓN AL
DISFRUTE DE LA BIBLIA

Este libro, nacido en el trabajo pastoral de los grupos de laicos, ofrece un acercamiento a la Sagrada Escritura cristiana. Nuevo Testamento: para ello subraya su interna y su relación con el misterio de Cristo. Permite que el lector creyente desarrolle una mejor comprensión de estos escritos. Los capítulos están pensados para introducirse gradualmente en las principales cuestiones, siempre con una Biblia a mano; el complementario final de cada tema ayuda a profundizar en la Palabra, individual o comunitaria.

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO (Madrid 1960). Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y en Filología Griega (Universidad Complutense de Madrid). Profesor de la Sagrada Escritura (Pontificio Instituto Bíblico de Roma).

Actualmente enseña Sagrada Escritura en la Facultad de Teología «San Dámaso» (Madrid), en ella ha publicado el libro «Venid a mí» (Mt 11, 28-30). El discípulado. Comentario contextual a Mateo (Studia Theologica Marienfeldensis) y «La montaña. Comentario contextual a Mt 8-9».

Libros editados: J. RATZINGER - P. BECKER: *El Evangelio de Juan*; L. DE LA POTTERIE - K. STOCK - A. VASCONCELOS: *Introducción a la Biblia*; R. GÖTTSCHE: *Introducción. «Los fundamentos de la interpretación bíblica»*; con prólogo de L. SÁNCHEZ NAVARRO y U. TIRABOSCHI: *Introducción a la Biblia*.

ISBN 84-7050-833-4

9 788470 508332

OPL

EDICEPI

*Es el testimonio histórico y salvífico,
escrito e inspirado de la Revelación
de Dios al pueblo de Israel y a
la Iglesia*

1

LA SAGRADA ESCRITURA, TESTIMONIO DE LA REVELACIÓN

*Escrito →
Inspirado*

En este primer tema abordamos una cuestión básica: la naturaleza propia de la Sagrada Escritura, de la Biblia.

Los **libros bíblicos** aparecen citados según las abreviaturas del *Catecismo de la Iglesia Católica* (= Catecismo).

1. Acercarse a la Escritura

La Sagrada Escritura es una realidad profundamente humana, y por lo tanto se puede considerar desde distintos puntos de vista (literario, filológico, histórico). Pero a la vez trasciende lo meramente humano; por ello requiere una forma particular de acercarse a ella.

Nosotros nos acercamos a la Sagrada Escritura como *creyentes*. Es decir, suponemos su carácter inspirado: Dios es *autor* de la Escritura. Esta «precomprensión» no distorsiona nuestra percepción de la Biblia; al contrario, nos permite comprenderla, ya que coincide con la perspectiva adoptada por sus autores humanos. Cuando los profetas anuncian un oráculo divino, lo in-

sidad no hace falta probarla, es evidente. Pero también hay indicios *literarios* de su unidad.

Por ejemplo: el motivo del «Árbol de la Vida», que simboliza la participación del hombre en la vida de Dios. Aparece al principio del Antiguo Testamento (Gn 2-3) y reaparece al final del Nuevo Testamento (Ap 22, 2). Esto nos indica que la entera Escritura narra la participación original del hombre en la vida divina (Gn 2, 9), la pérdida de esta vida por el pecado (Gn 3, 24) y el largo proceso mediante el cual el hombre, a quien Dios no abandona, alcanza de nuevo el acceso pleno a esa vida divina mediante el misterio pascual de Jesucristo (Ap 22).

b. Punto de vista histórico: la Escritura, reflejo de una historia

La unidad de la Biblia se apoya también en la *historia* que refleja: en efecto, la lectura de los libros del AT y el NT descubre una continuidad histórica fundamental entre ellos. Es lo que se suele llamar la «historia de la salvación», una historia sagrada que tiene su inicio en la creación (ver Gn 1-2) y culminará en la Jerusalén celestial (ver Ap 21-22). El comienzo del Evangelio según san Mateo, con su larga genealogía de Jesús (Mt 1, 1-17), pretende mostrar precisamente esto: el nacimiento de «Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1, 1) es la culminación de la larga historia que comenzando con Abraham y pasando por David y el destierro en Babilonia, llega a su plenitud en el hijo que María, desposada con José «hijo de David», concibe por obra del Espíritu Santo (Mt 1, 18).

c. Punto de vista sociológico: el pueblo de Israel, sujeto de la Escritura

También el sujeto de esta historia es un elemento de unidad: todos los libros del AT hacen referencia al pueblo de Israel, y describen la vivencia de su alianza con Yahvé. En el Génesis hallamos la historia patriarcal: los 11 primeros capítulos, como «pre-historia», muestran cómo desde el primer hombre (Adán) se llega, pasando por Noé, hasta Abram (luego Abraham: Gn 12), a quien Dios prometerá precisamente un pueblo, una «descendencia». Esta promesa atraviesa todo el AT (como hemos indicado en el punto anterior). Israel, la «familia» de Abraham, está presente en todos los libros del AT; y llegará a su plenitud en el pueblo de la nueva Alianza, en la Iglesia. En la carta a los Gálatas san Pablo mostrará cómo, al injertarnos en Jesús mediante el bautismo, los «gentiles» (es decir, quienes no procedemos de la descendencia de Jacob-Israel ni pertenecemos mediante la circuncisión al pueblo elegido) entramos a formar parte de esa descendencia de Abraham, entramos en su «familia» (ver Ga 3, 23-29).

3. El testimonio escrito e inspirado de la Revelación de Dios

Todos estos factores de unidad hallan su fundamento en el carácter propio de la Escritura: es el testimonio escrito e inspirado de la Revelación de Dios al pueblo de Israel y a la Iglesia.

Pueblo Elección Promesa Alianza

Jesús

Cristo

Iglesia

La Revelación

SE no es lo complem. Pd-A.

SINTESIS

SAGR

Escr.

a. La Escritura no es «la Revelación»

La Escritura no se puede identificar simplemente —como a veces sucede— con la Revelación de Dios. La Revelación no es un monólogo que se recibe pasivamente, sino un diálogo entre dioses que se comunica y el hombre que acoge su palabra. Por ello la Revelación no es algo estático —como una palabra escrita—, sino algo dinámico, que sigue sucediendo hoy día cuando una persona se abre a la acción de Dios. Para ello, evidentemente, la Escritura representa un medio valiosísimo.

b. La Escritura no es simplemente la Palabra de Dios

Tampoco se puede identificar en más «la Biblia» con «la Palabra de Dios». Las Sagradas Escrituras, como enseña el concilio Vaticano I, «contienen la Palabra de Dios y, porque están inspiradas, son realmente Palabra de Dios» (*Catecismo*, n.º 135). Es, sí, Palabra de Dios (lo proclamamos en la liturgia tras cada lectura bíblica), pero por sí misma no agota esta Palabra, ya que también la Tradición viva de la Iglesia es Palabra de Dios. Dios habla en la Escritura que él ha inspirado, pero leída en la Iglesia, que enseña cómo hay que leer esa Palabra. Por ello hablamos de la Tradición eclesial como una realidad íntimamente unida a la Escritura, con la que forma una única fuente de la Revelación. Esta Tradición eclesial recibe la Palabra de Dios y la transmite íntegramente (ver *Catecismo*,

nn. 80-82). La Tradición engloba por tanto la Escritura, que nació de ella.

*de R.D. → Histórica → sentido
→ Salvífico → trascendente*

c. La Escritura es el testimonio escrito e inspirado de la Revelación de Dios

En la conclusión del Evangelio según san Juan leemos: «Éste es el discípulo que da testimonio acerca de estas cosas y el que ha escrito esto, y sabemos que verdadero es su testimonio» (Jn 21, 24). El evangelista ha expresado así la naturaleza de su misión: dar testimonio de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo mediante la composición de una obra literaria que, narrándonos esa historia, nos comunique su sentido profundo, su valor salvador. Esto es lo que quiere decir cuando afirma que «su testimonio es verdadero».

a) La Escritura atestigua la Revelación de Dios, en dos sentidos: es testimonio de la verdad histórica de la intervención de Dios en la historia humana, y de la verdad salvífica que esa intervención de Dios entraña para el hombre. Ambos aspectos son necesarios: no nos puede salvar algo que en realidad no ha sucedido. Para el cristiano no es indiferente la verdad histórica, por ejemplo, de la resurrección de Jesús: aunque trasciende la historia, es algo que ha sucedido en ella y la ha transformado. Como dirá san Pablo a los corintios, «si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe» (1 Co 15, 14).

*La Misión
testimonio
polivalente*

*Jesús
Salv.*

Habla Hac

*Lucha de
B.S.*

*Transmisión
de la
R.D.*

Sólo la verdad histórica de la resurrección de Jesús es capaz de transformar nuestra vida.

La modalidad de este testimonio varía según el carácter peculiar de cada libro; estaría fuera de lugar –por ejemplo– atribuir carácter cronológico a los «siete días» de la creación, o a las edades de los patriarcas antediluvianos. Tampoco sería sensato subestimar la parábola del hijo pródigo porque no refleja un episodio real. Por ello el Concilio insistirá en que hay que tener en cuenta el género literario de cada escrito, es decir, la clave en que escribe cada autor sagrado (Catecismo, n. 110); es fundamental para poder captar su verdad salvadora.

b) La Escritura es un testimonio *escrito*. Participa así de la estabilidad propia del mensaje escrito, que lo diferencia de la fluidez de la comunicación oral. Por otra parte, como toda obra escrita, la Palabra de Dios escrita se independiza en cierto modo de su autor humano, adquiere la capacidad de ser aplicada a nuevos contextos. Mediante la lectura creyente de la Biblia el cristiano entra en diálogo con Dios: recibe por tanto la Revelación. Su forma fija y permanente asegura a los hombres de toda época y cultura el acceso a la comunión con Dios a través de un medio estable y verificable. Dice san Juan Crisóstomo:

Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo, ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? «Yo estoy con vosotros todos

los días, hasta el fin del mundo» (*Homilia antes de partir en exilio*, 2: PG 52, 429-430).

- c) La Escritura es un testimonio *inspirado por Dios* (ver 2 Tm 3, 16). No obedece a la simple iniciativa de un hombre, sino que mediante el autor humano es Dios mismo quien nos da el testimonio acerca de sí: «pues nunca se pronunció una profecía por voluntad humana; sino que llevados por el Espíritu Santo hablaron, unos hombres, de parte de Dios» (2 P 1, 21). Por ello el testimonio de la Escritura es *verdadero*: nos permite acceder con certeza a la verdad acerca de Dios, del hombre y del mundo. Y así constituye un medio privilegiado para acceder a la Revelación de Dios, al diálogo confiado con él.

Cuestionario

1. ¿Crees que se puede leer (= entender) la Biblia sin tener fe?
 2. ¿Cómo es posible que Dios hable a los hombres, que te hable a ti, a través de unas palabras escritas hace miles de años? *Veras y escatas finales*
 3. ¿Cuál crees que es la función del Magisterio de la Iglesia respecto de la Escritura? ¿Por qué? (Ver *Catecismo*, nn. 84-87).

* Inspector, custodian, Transmitter (per mandate)

*Mg. Es la tradic. viva, dinámica, fluida, Oral.
Ley escrita, muerta en la Trad.

troducen con la fórmula: «Así dice Yahvé». Y ya en el Nuevo Testamento san Pablo, escribiendo a los cristianos de Tesalónica, afirma en la que probablemente fuera su primera carta:

1 Ts 2, 13: «De ahí que también por nuestra parte no cesemos de dar gracias a Dios; porque, al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis, no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en vosotros, los creyentes».

Tradición
Lo que el apóstol afirma de su predicación se puede aplicar a la Escritura en su conjunto. No olvidemos que las tradiciones patriarciales o la predicción profética se transmitieron primero oralmente, y sólo después fueron puestas por escrito; y que el Nuevo Testamento fué, antes que Escritura, predicción apostólica. Esa palabra humana es por tanto palabra de Dios.

Ciencias Humanas
Tradición
Religión
Por ello es necesario que el estudio de la Biblia, empleando competentemente las ciencias humanas —de las que no puede, ni debe, prescindir—, no se limite a ellas; para interpretarla adecuadamente hay que atender al contenido y unidad de toda la Escritura, leerla en la Tradición viva de toda la Iglesia y prestar atención a la «analogía de la fe», es decir, a la cohesión interna de las verdades de la fe entre sí (ver el *Catecismo*, nn. 112-114). En la Sagrada Escritura es Dios mismo quien habla al lector creyente; como explica el Vaticano II, «en los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al en-

cuento de sus hijos para conversar con ellos» (*Catecismo*, n. 104). Todo ello determina nuestro acercamiento a la Escritura.

2. La unidad de la Escritura

Cuando abrimos la Biblia comprendemos inmediatamente que no estamos ante un libro como los demás. Al contrario, es una pequeña «biblioteca», un Libro de libros. Ante todo, consta de dos bloques bien definidos: el Antiguo Testamento (46 libros) y el Nuevo Testamento (27 libros; ver el *Catecismo*, n. 120). A su vez cada bloque está formado por escritos muy diversos entre sí: libros de carácter histórico, profético, sapiencial, oracional o epistolar; libros muy largos o muy breves... ¿En virtud de qué podemos afirmar que este conjunto de obras cuya composición difiere en varios siglos, forma un libro? Un primer argumento es el lingüístico: hablamos con propiedad de «hebreo bíblico», «arameo bíblico» y «griego bíblico». Pero podemos distinguir otros tres aspectos: literario, histórico y sociológico.

a. Punto de vista literario: el Libro de los libros

Al decir que la Biblia es un libro no pretendemos negar su diversidad. La misma palabra «Biblia» nos ayuda a comprenderlo; en griego biblia significa «libros», es una palabra en plural. Pero nosotros la decimos en singular: la Biblia. Con ello indicamos que esa pluralidad forma, a la vez, una unidad. Su diver-

los escritos bíblicos, aprendiendo a admirar cada vez más la personalidad y riqueza propias de cada uno de ellos. Siempre, claro está, desde el respeto a la unidad de la Escritura y a su carácter peculiar de palabra humana y divina al mismo tiempo, de testimonio escrito e inspirado de la revelación de Dios.

Es pues tiempo de caminar; es tiempo de leer.

UNA CONCLUSIÓN QUE ES UN COMIENZO

Decíamos al principio que estas páginas no pretendían dar un conocimiento completo de la Escritura cristiana; al final de nuestro recorrido no podemos sino confirmarlo. Pero sí nos hemos introducido, a modo de aprendices, en el misterio de la Palabra inspirada. Hemos conocido los criterios básicos que nos permiten acercarnos a esta realidad tan singular, entre los cuales destaca el acontecimiento de la resurrección de Jesús como principio unificador de esta vasta serie de escritos. Después hemos podido hacernos una idea básica de las partes en que está estructurada la Sagrada Escritura (tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento), de los libros que la forman –desde el Génesis al Apocalipsis– y del mensaje fundamental de estos libros.

Ahora, en el momento de concluir, es cuando de verdad podemos comenzar a practicar lo que hemos expuesto. Porque una vez que nos hemos iniciado en el conocimiento jugoso y fecundo de la Biblia estamos capacitados para profundizar y ampliar este conocimiento mediante la lectura sosegada y atenta de

CRISTO, PLENITUD DE LA ESCRITURA

En los próximos temas nos iremos acercando a las diversas partes de la Sagrada Escritura. Conocemos los dos grandes bloques de que se compone: el Antiguo Testamento (la Escritura de Israel) y el Nuevo Testamento, cuyo elemento fundamental es la fe en Cristo. Ahora nos vamos a ocupar de una cuestión capital: ¿Qué relación hay entre AT y NT? ¿Cómo se sitúan Cristo y la Iglesia frente a la Escritura de Israel?

1. La relación de Jesús con el AT

A veces, sobre todo si consideramos aisladamente determinados pasajes difíciles del AT y algunas expresiones del NT (por ejemplo: 2 Co 3, 6;⁺Hb 8, 13), puede parecer que el 2º se opone al 1º: el espíritu frente a la ley, el amor frente al temor, etc. En la historia de la Iglesia, no pocos autores han negado por ello todo valor al AT. El más conocido es Marción, que ya en el siglo II atribuía el AT a un Dios malo, distinto del Padre bueno de Jesucristo. Pero esta tendencia se ha dado en todas las épocas; por ejemplo, a

[•]"La letra mata pero el Esp. dice vivir"

⁺"Al decir mala dejó anticuada la primera, y lo que se nubla anticuado y envejece (esta probando a la apóstol)."

comienzos del siglo XX tuvieron mucha fuerza en Alemania los (así llamados) «cristianos alemanes», que postulaban la total oposición entre ambos Testamentos, valiéndose de ello para justificar un antisemitismo que después desembocaría en la barbarie de todos conocida. Como explica el papa Juan Pablo II:

«Desde el siglo II d.C. la Iglesia se encontró frente a la tentación de separar completamente el Nuevo Testamento del Antiguo y de contraponerlos uno a otro, atribuyéndoles dos orígenes diferentes. El Antiguo Testamento, según Marción, provenía de un dios indigno de este nombre, porque era vengativo y sanguinario, mientras que el Nuevo Testamento revelaba al Dios reconciliador y generoso. La Iglesia rechazó con firmeza este error, recordando a todos cómo la ternura de Dios se manifiesta ya en el Antiguo Testamento. La misma tentación marcionita se vuelve a presentar, desgraciadamente, también en nuestro tiempo. Pero lo que se verifica con más frecuencia es la ignorancia de los lazos profundos que unen el Nuevo Testamento al Antiguo...» (JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica* [11.04.97], n. 2a).

Jesús y el AT
Es por ello necesario preguntarse, antes de abordar esta cuestión: ¿qué nos enseña Jesús acerca de la relación entre ambos Testamentos?

AT es sagrado
Hay que decir, en primer lugar, que la Escritura merece para Jesús toda la veneración. Cuando cita el AT diciendo «está escrito», es para reconocerle plena validez, autoridad y actualidad. Ver por ejemplo: Mt 4, 4.7.10; 11, 10; 21, 13; 26, 31; Mc 7, 6; 9, 12-13; Lc 24, 46. En su comportamiento habitual Jesús da por supuesto el carácter sagrado de la Escritura, expresión de la voluntad salvífica de Dios.

Pero además el NT testimonia de forma reiterada la *conciencia* que tuvo Jesús de «llevar a cumplimiento» la Escritura sagrada. En este «cumplimiento» distinguimos dos dimensiones:

a) El AT contiene enseñanzas sumamente valiosas (*está inspirado por Dios!*), pero no carentes a veces de elementos imperfectos; ver *Catecismo*, n. 122. *↓ DV.5*
D. pasajeros
Desde este punto de vista, Jesús lleva a plenitud la Escritura con una enseñanza que permite redescubrir las intuiciones esenciales del AT, las purifica de imperfecciones y las conduce a una cima insuperable (ver Mt 19, 3-9). En el Evangelio de Mateo, dentro de su primer discurso (que comienza con las Bienaventuranzas: Mt 5, 3-12), Jesús afirma:

Mt 5, 17: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento». *↓ testimonio*

b) Pero la Escritura, el AT, es ante todo el testimonio escrito de la revelación de Dios; atestigua por tanto el designio salvador de Dios sobre Israel, que se abre —ya desde el AT— a toda la humanidad. También desde este punto de vista Jesús lleva a plenitud la Escritura *dando un cumplimiento definitivo* y absolutamente insospechado, en su persona y en su obra (especialmente mediante el misterio pascual), a las promesas de Dios contenidas en el AT. Ésta es la realidad que sustenta las siguientes afirmaciones de Jesús en los Evangelios:

Valioso
Inspirado
Imperfecto
→ Cumplimiento

↓ DV.5
D. pasajeros
↓ DV.5
↓ DV.5

↓ testimonio
Escrito
Res. D

↓
Plenitud

↓
Personas y
Obra de
Jesús

↓
star

Lc 4, 21: Comenzó, pues, a decirles: «Hoy ha quedado cumplida esta Escritura, que acabáis de oír».

Jn 5, 39-40: «Investigáis las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida!»

Mt 26, 53-56: «...⁵³ ¿O piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴ Mas, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así debe suceder?» ⁵⁵ En aquel momento dijo Jesús a la gente: «¿Como contra un salteador habéis salido a prenderme con espadas y palos? Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me detuvisteis. ⁵⁶ Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas».

Ésta será, en fin, la gran enseñanza del Resucitado:

Lc 24, 25-27: ²⁵ Él les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» ²⁷ Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.

Dice Juan Pablo II a este respecto:

«En realidad, no se puede expresar plenamente el misterio de Cristo sin recurrir al AT. La identidad humana de Jesús se define a partir de su ligamen con el pueblo de Israel, con la dinastía de David y la descendencia de Abraham. Y no se trata sólo de una pertenencia física. Tomando parte en las celebraciones de la sinagoga, donde se leían y comentaban los textos del AT, Jesús tomaba también humanamente conocimiento de estos textos, con ellos nutría su espíritu y su corazón, y luego se servía de ellos en la oración e inspiraba en ellos su comportamiento.

Así llegó a ser un auténtico hijo de Israel, profundamente arraigado en la larga historia de su pueblo. Cuando comenzó a predicar y enseñar, empleó abundantemente el tesoro de las Escrituras, enriqueciendo este tesoro con nuevas inspiraciones e iniciativas inesperadas. Éstas –notémoslo– no pretendían abolir la antigua revelación, sino, al contrario, llevarla a su perfecto cumplimiento. La oposición cada vez más consistente, con que Jesús tuvo que enfrentarse hasta el Calvario, fue comprendida por él a la luz del Antiguo Testamento, que le revelaba la suerte reservada a los profetas. Él sabía también, por el Antiguo Testamento, que al final el amor de Dios sale siempre victorioso.

Privar a Cristo de la relación con el Antiguo Testamento es por tanto arrancarlo de sus raíces y vaciar de todo sentido su misterio. En efecto, para ser significativa la Encarnación necesitó arraigarse en siglos de preparación. Si no fuera así, Cristo habría sido como un meteoro caído accidentalmente en la tierra, y privado de conexión con la historia de los hombres» (JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica* [11.04.97], n. 3).

2. Los cristianos y el AT

La Iglesia primitiva asumió con naturalidad este hecho; si los primeros cristianos comprendieron el misterio de Cristo, fue gracias a la luz que el AT arrojaba sobre él. Pero también, a la vez, sucedió el fenómeno inverso: su realización en Cristo les hizo descubrir en el AT un significado y una unidad profunda desconocidos hasta entonces. Es específico e irrenunciable para la fe cristiana leer toda la Escritura, AT y NT, a la luz de Cristo.

Lo comprobamos en todos los escritos del NT; pero hay algunos en los que esto se manifiesta con especial claridad. Así, en los Hechos de los Apóstoles el recurso al AT es un elemento fundamental de los discursos de Pedro y Pablo: ver Hch 2, 14-36; 3, 11-26; 13, 16-41. Por otra parte, en el Evangelio según san Mateo hay diez citas del AT, conocidas como las «citas de cumplimiento» (Mt 1, 22-23; 2, 15; 2, 17-18; 2, 23; 4, 14-16; 8, 17; 12, 17-21; 13, 35; 21, 4-5; 27, 9-10), que manifiestan el interés del evangelista en mostrar que la vida de Cristo lleva a plenitud la historia testimoniada en la Escritura. Como sigue diciendo el papa Juan Pablo II:

«La Iglesia comprendió bien desde el principio el arraigo de la Encarnación en la historia y, por consiguiente, acogió plenamente la inserción de Cristo en la historia del pueblo de Israel. Ella retuvo las Escrituras hebreas como Palabra de Dios perennemente válida, dirigida a sí misma, además que a los hijos de Israel. Es de suma importancia mantener y renovar tal conciencia eclesial de los lazos esenciales con el Antiguo Testamento» (JUAN PABLO II, *Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica* [11.04.97], n. 4a).

San Agustín expresó la relación entre ambos Testamentos con una frase lapidaria: «*Novum in Vete latet, et in Novo Vetus patet*» (ver *Catecismo*, n. 129); es decir: «El Nuevo [Testamento] se esconde en el Antiguo, y el Antiguo se hace patente en el Nuevo». El misterio del Evangelio está ya en germen en el AT, testimonio escrito de la Revelación de Dios (ver

Rm 1, 2); y el NT por su parte manifiesta la esplendorosa belleza oculta en el AT.

Asimismo san Jerónimo afirma: «Desconocer la Escritura es desconocer a Cristo» (ver *Catecismo*, n. 133); esto lo afirma en el prólogo de su comentario a Isaías, y se refiere por tanto a este libro profético del AT. Según el Doctor de la Iglesia, quién no conoce el AT desconoce en realidad a Cristo.

Cuestionario

1. Lee al menos uno de los discursos de los Hechos de los Apóstoles citados más arriba. ¿Qué función atribuyen Pedro y Pablo al AT en relación con Jesús? *Promesa - Complemento*
2. Explica, a la luz de cuanto hemos dicho, qué significa que «Jesús lleva a plenitud la Escritura».
3. ¿Qué conexión tiene el comportamiento de Jesús hacia el AT con el misterio de la Encarnación?

• La encarnación llevada hasta sus últimas consecuencias implicaba entrar en la MZ, y "la Ha" convertía que se vería fraguando en el pueblo de Iss. "Ha de Salir" llevando a un nuevo torneamiento → apuntaba a Jesús "Toda hablaba de él" → Plenitud de la Escr.

• Las frases
se cumplen
en él.
• A su vez
se entiende
A.T.
• En la Terc
minante y
plenificada

ANTIGUO TESTAMENTO *I: INTRODUCCIÓN*

Tras ocuparnos de la naturaleza de la Escritura (tema 1) y de Cristo como plenitud de esa Escritura (tema 2), nos centramos ahora en el primer gran bloque que constituye nuestra Biblia: el Antiguo Testamento.

1. ¿Qué es el Antiguo Testamento?

A veces se le llama «Primer Testamento»; para el nombre de «Antiguo Testamento», ver 2 Co 3, 14.

PUNTO DE VISTA LITERARIO: el Antiguo Testamento es un amplio conjunto de libros,²⁵ en la Biblia hebrea y⁴⁶ en la Biblia cristiana.

La diferencia en el número obedece a varios factores:

- a) La Biblia hebrea considera a los doce Profetas menores como un único libro; en la Biblia cristiana cuentan como doce.
- b) Los dos libros de Samuel son considerados un libro único en el canon hebreo, y dos en el cristiano. Lo mismo sucede con los libros de los Reyes y de las Crónicas.
- c) El canon cristiano contiene siete libros, llamados «deuterocanónicos», que no forman parte del canon judío: los dos libros de los Macabeos, Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico y Baruc. (máto Ju - SabEc Ba)

De cronología y características literarias muy variadas, todos los libros del AT tienen como elemento común la referencia a Israel como su sujeto y el carácter confesional yahvista.

Biblia hebrea

Tres grandes bloques:

Torá (= «Ley»): Gn, Ex, Lv, Nm y Dt

Antiguo Testamento cristiano

También tres bloques:

Pentateuco (Gn, Ex, Lv, Nm, Dt) y **libros históricos** (Jos, Jc, Rt, 1-2 S, 1-2 R; 1-2 Cro, Esd, Ne; Tb, Jdt, Est; 1-2 M).

Nebiim (= «profetas»): anteriores (Jos, Jc, 1-2 S, 1-2 R) y posteriores (Is, Jr, Ez, 12 profetas menores).

Libros sapienciales: Jb, Sal, Pr, Qo, Ct, Sb, Si.

Ketubim (=escritos): Sal, Jb, Pr, Rt, Ct, Qo, Lm, Est (llamados estos cinco últimos *megillot* = «rollos»); Dn, Esd, Ne y 1-2 Cro.

Libros proféticos: Is, Jr, Lm, Ba, Ez, Dn, y los 12 profetas menores.

En cursiva hemos indicado los libros deutero-canónicos.

Los judíos denominan la Biblia hebrea «Tanak», palabra formada por la inicial de cada uno de los bloques: TNK.

Como concluyen?

El orden de los grandes bloques de libros es significativo. El canon judío concluye remitiendo, a Jerusalén (2 Cro 36, 23) y con ello simbólicamente, a la Torá. El canon cristiano, por el contrario, es lineal y progresivo: los profetas apuntan hacia una promesa

futura, como apreciamos al comparar Mt 3, 23-24 (conclusión del AT) con Lc 1, 17. Podemos expresarlo así:

Biblia hebrea:

LEY — PROFETAS — ESCRITOS (→ LEY)

T T Biblia cristiana:

Rant- LIBROS HISTÓRICOS → SAPIENCIALES → PROFÉTICOS (→ NT)

Esto guarda relación con la distinta importancia que tiene cada grupo de escritos en la tradición judía y en la tradición cristiana. Aunque ambas afirman la dignidad sagrada de todos los libros y distinguen con aprecio singular los más significativos, la tradición judía reconoce un predominio de la Ley (→ Pentateuco), en torno a la cual gira todo lo demás. Por su parte la tradición cristiana atribuye un papel primordial a los profetas, entendidos como anunciantes del misterio de Cristo; hasta el punto de que el entero AT se concibe como una gran profecía del Mesías (ver Mt 11, 13).

Interpretación: el AT (para los judíos, la Sagrada Escritura) es el testimonio escrito de la historia de la Revelación de Dios a Israel, cuyo episodio fundamental es el Éxodo. Para los cristianos es además un testimonio profético a favor de Jesús como el Mesías esperado.

VALOR DEL ANTIGUO TESTAMENTO:

«El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son divinamente inspirados y conservan un valor permanente, porque la Antigua Alianza no ha sido revocada»: *Catecismo*, n. 121.

«En efecto, «el fin principal de la economía del Antiguo Testamento era preparar la venida de Cristo, redentor universal». «Aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros», los libros del Antiguo Testamento dan testimonio de toda la divina pedagogía del amor salvífico de Dios: «Contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca de la vida del hombre, encierran admirables tesoros de oración, y en ellos se esconde el misterio de nuestra salvación»: *Catecismo*, n. 122.

2. El AT en tiempos de Jesús

En tiempo de Jesús la Escritura hebrea estaba básicamente configurada en dos de sus bloques (Ley y Profetas), pero los «Escritos» no estaban aún del todo definidos; la discusión rabínica acerca de la canonicidad de algunos libros bíblicos se extenderá al siglo II. Es importante comprender que este conjunto de libros era visto entonces como *una realidad abierta a un cumplimiento futuro*. El episodio del funcionario de la reina de Etiopía (Hch 8, 26-40) sirve para ilustrar esta situación. Dice el cardenal Joseph Ratzinger sobre esta cuestión:

«... el Nuevo Testamento no es el libro de otra religión, que se hubiese apropiado de las Sagradas Escrituras de los hebreos, casi como si se tratase de una especie de prelimi-

nar secundario. El Nuevo Testamento no es otra cosa que una interpretación a partir de la historia de Jesús de "ley, profetas y escritos" que, en el tiempo de Jesús, no se habían fusionado en su forma madura de canon definitivo, sino que estaban aún abiertos y se presentaban por esto a los discípulos como testimonio en favor de Jesús mismo, como Sagradas Escrituras que revelaban su misterio. He comprendido cada vez más que el judaísmo (que en sentido estricto comienza con la conclusión del período de formación del canon de las Sagradas Escrituras, esto es, en el primer siglo después de Cristo) y la fe cristiana, tal y como es descrita en el Nuevo Testamento, son dos modos de hacer propias las Sagradas Escrituras de Israel que, en definitiva, dependen de la posición asumida frente a la figura de Jesús de Nazaret. La Escritura que denominamos hoy Antiguo Testamento está de por sí abierta a ambas vías» (J. RATZINGER *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Madrid 1997, pp. 65-66).

3. Causas del desapego hacia el AT, y vías de solución

Leer el AT nunca ha sido fácil; es necesario para ello, no sólo el instrumental técnico (conocimientos lingüísticos, literarios, históricos), sino también una mentalidad adecuada. La Iglesia antigua pudo hacerlo precisamente gracias al ejemplo de Jesús, retomado por los escritos del NT, y cuyas líneas fundamentales ya hemos expuesto.

Desde hace dos siglos se ha introducido en el estudio de la Biblia una mentalidad historicista, según la cual ese estudio consistiría en determinar qué es lo

que quiso decir el autor (humano) de cada texto. Apli-
cado al AT, de esto se desprendía que lo interesante
era –por ejemplo– lo que el profeta había querido de-
cir a sus contemporáneos; *a priori* era imposible que
un autor de, pongamos, el siglo VI a.C. estuviera ya
hablando de Jesús, al que no podía conocer (cfr. Jn 5,
46). En cuanto a las intervenciones divinas atestigua-
das por la Escritura, se partía de la premisa de que en
la historia humana no puede suceder nada distinto de
lo que admite la experiencia común; por tanto, todo
lo sobrenatural era interpretación teológica, creación
del autor. De modo que había que precisar en cada
caso qué es lo que realmente sucedió, y cómo en las
narraciones se introdujeron los elementos prodigio-
sos, sin duda posteriores: en esto consistiría la exé-
gesis bíblica. Sentadas estas premisas, el AT se ha he-
cho a menudo insignificante para el cristiano, que no
sabe cómo digerirlo.

Para superar esta situación hay que tener en cuen-
ta varios aspectos:

- a) El contenido *esencial* del AT es religioso; su re-
ferencia –necesaria– a la historia se produce siem-
pre en este contexto. El autor es un creyente que
escribe algo sagrado. Por ello un análisis mera-
mente histórico no es capaz de dar cuenta sufi-
ciente de los libros del AT. Cuando un autor escri-
be, está dando un testimonio creyente.
- b) La inspiración divina de la Escritura ha de tenerse
en cuenta para interpretarla. La apertura del autor

sagrado al influjo divino le lleva a transmitir un
mensaje que en ocasiones puede ser radicalmente
novedoso, y el lector ha de ser consciente de ello.
Si Dios es autor de la Escritura, entonces hay que
asumir la posibilidad de que su Palabra supere, en
un nuevo contexto (por ejemplo, la resurrección de
Jesús), los límites de la palabra histórica del autor
sagrado. En esta línea hay que comprender la ten-
sión hacia el futuro presente en el AT.

- c) Para acercarse a la Escritura hay que estar dis-
puesto además a aceptar la posibilidad de una in-
tervención divina en la historia humana; algo que
la moderna razón ilustrada excluye.
- d) El mero hecho de *poner por escrito* la Palabra de
Dios manifiesta por parte del autor un deseo de
supervivencia de esa palabra. Toda obra literaria
fijada por escrito se «independiza» de su autor y
de sus circunstancias originarias para «tomar vida
propia» y poder, así, recibir «sentidos nuevos» en
nuevas circunstancias históricas. Una adecuada
comprensión histórica es necesaria para evitar la
arbitrariedad en la interpretación; pero limitarse a
ella sería una reducción empobrecedora.

En conclusión: para redescubrir la riqueza y la co-
herencia interna del AT es necesario tener en cuenta
la intención del autor sagrado y su inserción en una
historia de la salvación que lo trasciende. Por ello,
una forma adecuada de conocer el AT es leer el NT.

Cuestionario

1. Describe las partes fundamentales de que se compone el Antiguo Testamento. *1. ⚡⚡*
2. El Nuevo Testamento ¿sustituye al Antiguo, como por ejemplo— un coche nuevo a otro viejo?
3. ¿Qué dificultades hallas para leer el Antiguo Testamento? ¿Y qué respuestas se te ocurren a esas dificultades?
2. *No. La base para la reconstrucción y remodelación los planes del nuevo coche (N.T.) y definitiva son necesarios para el nuevo mundo y no se puede despedir de él para comprender que continúa lleva a plenitud el AT.*
3. *Palabras extrañas, conocimiento lejos del pueblo de Isr. y ideas libres... moral...*

4

**ANTIGUO TESTAMENTO
II: LOS LIBROS HISTÓRICOS**

Con el nombre genérico de «libros históricos» se conocen aquellos libros del AT que refieren la *historia* del pueblo elegido. Desde los orígenes remotos de la humanidad (Génesis) hasta el siglo II a.C. (Macabeos), los libros históricos dan testimonio de la intervención creadora y salvadora de Dios en la historia.

Son muy numerosos, lo cual tiene una razón de ser: la religión de Israel es una religión eminentemente histórica, basada en la prehistoria e historia de un pueblo cuyo mismo ser procede de la elección de Dios. La historia tiene por tanto una importancia de primer orden en la Sagrada Escritura, que en cierto modo se podría definir como «el testimonio escrito e inspirado de la intervención de Dios en la historia del hombre».

1. Presentación de los libros históricos del AT

El tema es amplísimo; los presentamos divididos en bloques más o menos homogéneos, según el canon cristiano.

— Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio (Pentateuco = «cinco libros»): son una parte

muy importante del AT, pues tratan de su «historia fundante». En su primera gran sección (capítulos 1-11) el libro del Génesis describe la Creación y la historia de Adán (Gn 1-3), la historia de los patriarcas antediluvianos (Gn 4-5), seguida de Noé y el diluvio (Gn 6-9), la descendencia de Noé (Gn 10) y la torre de Babel (Gn 11). Con Abram / Abraham da comienzo la historia patriarcal, protagonizada por el mismo Abraham (Gn 12-24), su hijo Isaac (Gn 25-26), su nieto Jacob / Israel (Gn 27-36) y los doce hijos de éste, padres de las doce tribus de Israel (Gn 37-50). Los cuatro libros siguientes dan testimonio de los acontecimientos constitutivos del pueblo de Israel: la salida de Egipto por mano de Moisés (ese «éxodo» que representa un momento fundamental en la historia del pueblo), la revelación de Yahvé en el monte Sinaí y la larga travesía posterior por el desierto, hasta llegar al umbral de la tierra prometida; en ellos encontraremos los «códigos legales», la Ley dada por Dios a Israel (tres grandes códigos: en el Éxodo, en el Levítico y en el Deuteronomio). A las puertas de la tierra de Canaán, en el monte Nebo, muere Moisés, gran profeta y legislador de Israel (Dt 34, 5-8). Su ayudante Josué recibirá la misión de introducir al pueblo en la tierra prometida (Nm 27, 18-23).

— *Josué, Jueces, Rut*: narran el asentamiento de las tribus de Israel en la tierra de Canaán (donde son introducidas por Josué hacia el 1250: libro de Josué)

y la primera gran etapa de la vida de Israel en esa tierra. En ella comienza a manifestarse la infidelidad del pueblo, vuelto muchas veces hacia los ídolos cananeos, excepto cuando Yahvé Dios les envía unos guías carismáticos (libro de los Jueces). El pequeño libro de Rut, bisabuela del rey David, se sitúa en esta época.

— *1-2 Samuel, 1-2 Reyes*: Con el reinado de Saúl, y sobre todo con la unción de David como rey hacia el año 1000 por el profeta Samuel (1 S 16), comienza la época dorada del reino de Israel (2 S), que verá su máximo esplendor en el reinado de Salomón (1 R). Esta época, paradójicamente, culminará en la división del reino entre sus dos hijos, Jeroboam (reino del Norte = Israel) y Roboam (reino del Sur = Judá). Los dos libros de los Reyes narran la historia de ambos reinos hasta su desaparición; el reino de Israel es conquistado en 722 por Asiria, a donde son deportados sus habitantes (2 R 17). El reino de Judá resistirá hasta el año 587, cuando será conquistado por Babilonia; allí será desterrada gran parte de su población. Este final desastroso de ambos reinos se explica en clave teológica, como consecuencia de su infidelidad a Yahvé (ver 2 R 17, 7-41).

— *1-2 Crónicas, Esdras, Nehemías*: los libros de las Crónicas vuelven a narrar la historia de los reyes de Israel, desde Saúl y David hasta la desaparición de los reinos de Israel y Judá. El 2º libro de las Crónicas termina con el edicto de Ciro, rey de Persia, que con-

quistia Babilonia y permite a los desterrados volver a Judea: así termina el destierro en Babilonia (2 Cro 36). Los libros de Esdras y Nehemías narran la vuelta de los deportados a Palestina y su reconstrucción de Jerusalén y el Templo; en esta época, que se llamará la del «segundo Templo», nacerá el judaísmo propiamente dicho.

— *Tobías, Judit y Ester*: son tres libros más bien breves que se centran en personajes individuales. El libro de *Tobías* tiene su centro en Nínive; narra la historia de un hebreo fiel a la ley deportado en Asiria (*Tobit*) y de su hijo *Tobías*, que por intervención de Dios podrá desposarse con *Sara*. El libro de *Judit*, ambientado también en la época de predominio asirio, cuenta la gesta de esta gran mujer en defensa de su ciudad (*Betulia*) frente al invasor. El libro de *Ester* corresponde a un momento posterior, ya bajo dominio persa; cuenta la acción providencial de una mujer judía, desposada con el rey *Asuero* (485-465) y convertida así en reina de los persas, que consigue evitar el exterminio del pueblo judío decretado por el primer ministro.

— *1-2 Macabeos*: narran la historia, bastante más tardía, de la insurrección judía frente a la dominación seléucida. A finales del siglo IV Alejandro Magno conquista Oriente; al morir Alejandro sus generales, los «diádocos», se reparten el vasto imperio. Judea quedará sometida a los Lágidas (que controlan Egip-

to) hasta el año 200, cuando el dominio de Palestina pasará a los descendientes de Seleuco. A diferencia de sus predecesores, el rey seléucida Antíoco IV Epí-fanes (175-163) intenta helenizar por la fuerza su territorio, imponiendo las costumbres griegas y prohibiendo la práctica de la religión judía. Ello provoca la rebelión de Matatías y de sus hijos que, capitaneados por Judas Macabeo, lograrán vencer al tirano y así conseguirán la independencia política y religiosa del pueblo de Israel; de esta gesta dan testimonio los dos libros de los Macabeos. La independencia de Israel perdurará hasta la conquista romana por obra de Pompeyo, el año 64 a.C.

2. La enseñanza de los libros históricos del AT

10

Entresacamos algunos aspectos fundamentales.

a. La creación y la revelación de Dios

El Dios creador, que ha hecho todas las cosas y ha creado al hombre a su imagen y semejanza, ha querido establecer con los hombres una relación personal: se ha revelado a ellos. *La amistad de que gozaba con Adán* (luego perdida por el pecado) y más tarde con *Noé* alcanza una especial realización en la llamada a *Abraham* (Gn 12) y en su intimidad con *Moisés* (Dt 34, 10).

b. La alianza

La relación de Yahvé Dios con los hombres queda sellada mediante un pacto singular, la «alianza». Ante

todo, Dios establece su alianza de vida con todos los hombres en Noé; el «arco iris» será su señal indeleble (Gn 9, 8-17). Pero, más adelante, establece una Alianza completamente gratuita con Abraham y su descendencia (Gn 15), y después –por mediación de Moisés (Ex 24)– con el pueblo de Israel. A su vez éste se compromete a vivir según la Ley de Dios, cuyo centro (el Decálogo: Ex 20, 1-17 y Dt 5, 6-22) manifiesta las exigencias fundamentales de esa Alianza y revela al pueblo elegido la grandeza de la dignidad humana. A lo largo de la historia de Israel, y pese a las constantes infidelidades de su pueblo, Dios será fiel a su Alianza.

c. La promesa

Esta Alianza implica una promesa; Dios dice a Abraham: «a tu descendencia daré esta tierra» (Gn 17, 8). La promesa se concretará en la dinastía davídica, según el oráculo del profeta Natán (2 S 7, 12-16): el «hijo de David», el «ungido» (= «mesías») como lo fuera David, será el heredero de la promesa. Ésta se amplia y profundiza cada vez más; la historia testimoniada por el AT no es sino el paulatino cumplimiento y «crecimiento» de la promesa. Buen ejemplo de esto es el Salmo 72 (71).

d. Una teología de la historia

Los libros históricos del AT enseñan a proyectar una nueva mirada sobre la historia humana. Más allá

de los acontecimientos externos se descubre la acción de Dios, que guía la historia de su pueblo y la conduce hacia su meta. Las desgracias se explican como consecuencia de la infidelidad del pueblo: apartarse de Yahvé significa apartarse de la vida, y acarrea el castigo. Por el contrario los acontecimientos liberadores, como el éxodo o la salida de Babilonia, se explican como consecuencia de la fidelidad de Yahvé a su Alianza: «... porque es eterna su misericordia» (leer el salmo 136 [135]).

3. Lo caduco y lo perenne en los libros históricos del AT

Los libros históricos del AT contienen, junto a la revelación de Dios, numerosos elementos transitarios, sobre todo en lo referido al culto y al ritual; asimismo, los comportamientos descritos o incluso prescritos exceden a veces la ley moral.

Para este segundo aspecto hay que tener en cuenta tres cosas. Primer^o, los condicionamientos históricos y culturales, de los que no se puede prescindir: la «ley de la encarnación» propia de la Sagrada Escritura implica numerosos influjos ambientales que constituyen el contexto histórico concreto del pueblo de Israel. En segundo^o lugar, el carácter progresivo de la pedagogía divina: será la relación con Yahvé la que, poco a poco, vaya haciendo crecer a Israel en este campo. Y, por último, hay que tener en cuenta que no pocas veces los preceptos del AT tienen un significado simbólico que

trasciende y espiritualiza, ya en la intención del autor humano, su sentido literal.

En cuanto a los preceptos rituales y cultuales, quedarán abolidos en la Nueva Alianza; pero siguen conservando su función anunciadora de esas nuevas realidades. Así, por ejemplo: el sacrificio eucarístico instituido por Jesucristo, prefigurado en los diversos sacrificios del AT (de comunión, de acción de gracias, propiciatorios, expiatorios, holocaustos), representa la plenitud de esos mismos sacrificios, que en cierto modo perviven en la Eucaristía.

4. Los libros históricos del AT y el NT

En el tema 2 hemos tratado ya, en líneas generales, la relación entre el AT y el NT. Así que nos centramos en dos puntos de especial relevancia para los libros históricos.

a. La tipología

Los autores del NT recurrirán con frecuencia a figuras relevantes del AT viendo en ellas una prefiguración, al menos parcial, de Jesucristo; por ello se las denomina «tipos» de Jesús (ver Rm 5, 14, donde se emplea con este significado la palabra griega *typos*). Así, Jesús llama a su Padre «*abbá*», papá, igual que Isaac a su padre Abraham en el momento del sacrificio (Gn 22, 7); y el Bautista presentará a Jesús como «el cordero de Dios» (cfr. Gn 22, 8). Isaac es, pues, «tipo» de Jesús. Jesús es también un nuevo Moisés:

por éste se dio la ley, por Jesús «la gracia y la verdad» (Jn 1, 17). El sacerdocio prescrito por la ley era anuncio de Jesús, Sumo Sacerdote de la fe que profesamos (cfr. Hb 8, 1-2). Jesús es, en fin, el «hijo de David» (Mt 1, 1), es por tanto ese nuevo David cuyo reino no tendrá fin (ver 2 S 7, 12-16). Pablo explicará la obra redentora de Jesucristo contraponiéndola al pecado de Adán; será por ello el «nuevo Adán» (Rm 5, 12-15). Pero Jesús, al asumir estos «tipos», a la vez los supera. Sube a la montaña como Moisés (Ex 19, 3; 24, 12); pero allí pronuncia una nueva Enseñanza, como Yahvé en el Sinaí (Mt 5-7). Es el Mesías hijo de David; pero a la vez es Señor de David (Mt 22, 41-45); es «el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16).

b. El heredero de la promesa

Hemos visto que todo el AT está recorrido por una promesa de Dios, que se va concretando y que podemos sintetizar así: promesa a Abraham → promesa al pueblo de Israel mediante Moisés ← promesa a la descendencia de David. El NT presenta a Jesús como el heredero de esa promesa: ver Ga 3, 16. De hecho, el NT comienza con este versículo solemne: «Libro de la generación de Jesús Mesías, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1, 1). San Pablo dirá de Jesús: «todas las promesas de Dios han tenido en él su “sí”» (2 Co 1, 20).

Cuestionario

1. Una pregunta previa: ¿cuántos son los libros históricos del AT?
2. La historia de Israel es muy amplia, y atraviesa épocas muy variadas; ¿qué elementos le dan cohesión, haciendo de ella *una* historia?
3. Una historia que testimonia la intervención de Dios, que a fin de cuentas es «supra-histórico», ¿no será un contrasentido? Razona tu respuesta.

1. Dada en libertad II Maccab. (Hc Isr.)

Pent.
Jos., Jus. 1-2 Sam. 1-2 Re.

2. Elección, Promesa, Alianza. Fidelidad de D

3. No. Es historia, pero "de salvación", "de Dios" de aquí que no se petañe que en el pasado uno que la salvación se proyecte más allá de ella de lo misma, hasta llegar a la no-historia (a lo intemporal, a Dios); es "de Dios" y por eso hace que esta salvación de Dios no se cierre en si misma y muera en si, sino que por la trascendencia del Dios que entra en la historia la trasciende desde dentro.

Encarnación — Calificación — Salvación

Torá: viene de "yará" que significa: "Sangrar una flauta" con la intención de "derribar el carnero"; es decir "instruir". Por lo que "torá" significa: dirección, instrucción, enseñanza, carnero!

5

ANTIGUO TESTAMENTO III: LOS LIBROS SAPIENCIALES

En el tema anterior hemos presentado los libros históricos del AT, que contienen el testimonio creyente de la historia del pueblo elegido. Ésta tiene su arranque y expresión principal en los cinco primeros (el Pentateuco), que además de narrar la creación, la historia patriarcal y la salida de Egipto hacia la tierra prometida, contiene en tres grandes códigos la «ley», la enseñanza de Dios a su pueblo (en hebreo se llama a estos cinco libros «Torá», ley, instrucción).

La grandeza de la revelación de Dios es tal, que no basta la narración de estos grandes hechos para captar todo su significado y alcance. Es necesaria una reflexión que, hecha desde la inteligencia y el corazón, interiorice y penetre en profundidad el significado salvífico de estos acontecimientos. Los «libros sapienciales» son aquellos escritos del AT que, a la luz de la relación con Yahvé, ofrecen una reflexión acerca del mundo, del hombre y de Dios. Esta refle-

xión se extiende también a todos los ámbitos de la vida cotidiana, vistos desde la fe y con la sabiduría práctica que confiere esta fe.

1. Presentación de los libros sapienciales del AT

Casi todos los textos bíblicos contienen elementos de sabiduría, pero hay cinco libros típicamente sapienciales: Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría. A ellos se unen otros tres, en los que lo sapiencial tiene especial relevancia: Lamentaciones, Salmos y Cantar de los Cantares.

CAMINO DE LA SABIDURÍA — *Libro de los Proverbios*: consta de varias colecciones de dichos o proverbios; algunas de ellas, muy antiguas, se atribuyen al rey Salomón. Destacan los nueve primeros capítulos, invitación a los jóvenes e inexpertos a elegir el camino bueno, el camino de la vida y no de la muerte, el camino de la sabiduría y no de la necedad. La personificación de la Sabiduría en Pr 8, 22-31 es el pasaje más significativo desde el punto de vista teológico.

SABIDURÍA "VIDA FELIZ" — *Libro de Job*: ante la doctrina tradicional de la sabiduría (sabiduría = vida feliz) se plantea una pregunta existencial: ¿por qué el sufrimiento, sobre todo el sufrimiento del justo? La muerte cuestiona el sentido de la vida; la historia de Job (el único no-israelita que protagoniza un libro bíblico), sus desgracias, sus desgarradoras disputas con Yahvé, terminan por

ilustrar este problema, preparando así el terreno para una respuesta definitiva que aún tardará en llegar. Al final la paciencia de Job quedará recompensada, Job «se reconcilia» con Yahvé. Leer Jb 1-2 y 42.

— *Eclesiastés (o Qohélet)*: Qohélet (= «el que reúne la asamblea») es un sabio, identificado con Salomón, que lleva a su máxima expresión la «crisis» de la sabiduría tradicional de Israel. El libro es una reflexión sobre la vida en su dimensión más visible: la de la «vanidad», vaciedad, superficialidad (1, 1). El autor concluye que ante la caducidad de la vida (ver Qo 3, 1-13), lo único real es la muerte. A diferencia de Job, que llegaba a una sufrida reconciliación con Yahvé, en Qohélet Dios no responde: habrá que esperar a que lo haga la revelación posterior (por ej., el libro de la Sabiduría), que culmina en Jesús.

— *Eclesiástico (o Sirácida o Ben Sira)*: escrito hacia el año 190 a.C., recoge la temática sapiencial clásica. La sabiduría, que se identifica con la ley, viene del Señor; su principio es el temor de Dios, forma a la juventud y procura la felicidad. En el capítulo 24, centro del libro, la Sabiduría personificada se presenta a sí misma situándose dentro del ámbito divino propio de Yahvé.

— *Libro de la Sabiduría*: es el más reciente, escrito en Alejandría probablemente en la 2^a mitad del siglo I a.C. Nos ofrece la visión más evolucionada de la sabiduría bíblica; aparecen en gran parte resueltos los

*CRISIS DE LA TRADICIÓN
SAB. TRADICIONAL*

LO REAL (LA MUERTE)

SAB. VIDA DEL SEÑOR

SAB. DENTRO DEL DIVINO

problemas que para Job y, sobre todo, Qohélet eran insolubles. El libro afirma decididamente la inmortalidad del alma, de manera que el justo, aunque muera injustamente, no queda sin paga ante Dios (Sb 3); el centro de la obra está ocupado por la oración de Salomón pidiendo desposarse con la Sabiduría (capítulo 9).

— *Lamentaciones*: cinco breves composiciones, que la tradición relaciona con el profeta Jeremías, y que lamentan la ruina de Jerusalén tras la conquista por Babilonia en 587. Describe el dolor de la ciudad y de sus moradores, pero de estos lamentos brota un sentimiento de arrepentimiento y de invencible confianza en Yahvé.

El libro de las Lamentaciones, que en el tema 3 enumérabamos entre los escritos proféticos (debido a la atribución tradicional al profeta Jeremías: ver 2 Cro 35, 25), se considera generalmente un libro sapiencial, y como tal se estudia unido a los otros escritos sapienciales.

— *Salmos*: En hebreo *tehillîm* («oraciones de alabanza»), se trata de 150 composiciones poéticas, divididas a su vez en 5 libros (1-41; 42-72; 73-89; 90-106; 107-150). La numeración varía; nuestras biblias se rigen por el canon hebreo, mientras que los libros litúrgicos siguen la numeración del canon cristiano. Los salmos son la *Escritura hecha oración*, la oración inspirada por Dios. Enseñan al fiel a desear el deseo de Dios. Representan una auténtica síntesis oracional de la Escritura: la historia de la Alianza con

1-41
42-72
73-89
90-106
107-150

Yahvé y las grandes verdades de la vida humana se transforman en una oración confiada que permite profundizar en esas realidades. Los Salmos 1 y 2, introducción de todo el Salterio, son a la vez una síntesis del mismo.

— *Cantar de los Cantares*: es un libro único en la Escritura, centrado todo él en el amor (ver Ct 8, 6-7). Es por ello el «cantar más bello», o el «cántico por excelencia» (esto significa el giro hebreo «cantar de los cantares»). Contiene el canto de amor de un hombre y una mujer. Se canta su unión, su afecto, su belleza, su pertenencia mutua, su deseo, su espera, su búsqueda, el perderse y volverse a encontrar. No se nombra nunca a Dios, pero el amor es descrito en su naturaleza más profunda como una «llamarada de Yahvé» (Ct 8, 6); de modo que el amor humano es signo del amor de Dios. A la vez, el amor de Dios es modelo del amor humano y revela su verdadero sentido: qué quiere decir amarse y como hay que amarse. El Cantar enseña que en el amor humano se puede experimentar a Dios.

2. «Principio de la sabiduría es el temor del Señor»

En el comienzo del libro de los Proverbios (1, 7) encontramos esta afirmación: el principio de la sabiduría, es decir, el cimiento, la condición inexcusable, es temer al Señor; ver también Pr 9, 10; 15, 33; Sal 111 (110), 10. Semejante afirmación puede causarnos dificultad; para entenderla hay que comprender

qué significa para el AT el «temor del Señor». No se trata del miedo a Dios. Dios es, sí, un ser temible para el hombre injusto, porque pagará a cada uno según sus obras (Pr 24, 12); pero el «temor» que está en la base de la sabiduría no se identifica con este miedo. Se trata del «santo temor», es decir, del reconocimiento humilde de la propia condición de criatura y de la santidad y trascendencia de Dios. Para el judío piadoso el temor de Dios se identifica con el amor a Dios; basta leer el himno al temor de Dios con que se abre el libro del Sirácida (Si 1, 11-20) para comprender que nos hallamos ante una realidad sublime. En efecto, según esta descripción el temor de Dios es «gloria y honor», «alegría y corona de júbilo», «da alegría, gozo y larga vida». Temer al Señor es lo más grande que se puede hacer: sintetiza toda la vida de piedad. Jesús dirá en su primera bienaventuranza, que está en la base de las demás: «bienaventurados los pobres de espíritu» (Mt 5, 3); el pobre de espíritu, el humilde, es el temeroso de Dios (ver Is 66, 2). La humildad es condición necesaria para acercarse a Dios; por eso está en la base de la sabiduría.

3. La naturaleza de la sabiduría

En la Biblia se habla en ocasiones de lo que podríamos llamar «sabiduría técnica»: el que realiza bien su oficio es sabio (ver Is 28, 23-29). La pericia humana alcanza su cumbre cuando se pone al servicio de las cosas de Dios; los artesanos que colaboran

en la construcción del Templo de Jerusalén son «sabios» (ver 2 Cro 2, 4-6; 12-13). También Dios, cuando crea, lo hace con sabiduría (Pr 8, 22-31); Dios crea, pero quien le hace de «capataz» en los trabajos es la sabiduría.

Pero por encima está la sabiduría «existencial»; ver Si 38, 24-39, 11, donde se afirma que son necesarios quienes trabajen, pero es necesario sobre todo el sabio, que dedica su tiempo a reflexionar «sobre la ley del Altísimo». El sabio es aquel que sabe mirar todas las cosas a la luz de la fe y las valora según su significado auténtico. De modo que el sabio es aquel que ama y busca la voluntad de Dios. Lo define el deseo de la sabiduría: ésta es un don que Dios concede a quien lo desea y lo pide.

4. Paternidad y sabiduría

La sabiduría se transmite de padre a hijo; numerosas instrucciones comienzan: «Hijo mío...» (ver Pr 1, 8; 2, 1; 3, 1; 4, 1; etc.). El sabio exhorta a escuchar las enseñanzas del padre y de la madre (Pr 6, 20). Porque el ámbito propio para la transmisión de la sabiduría es la familia: allí el sujeto es introducido en la vida, y recibe del padre y la madre las nociones fundamentales que lo han de guiar en su caminar por el mundo. También el maestro, el sabio, es padre: es el hombre que ha recibido de Dios el don de la sabiduría y busca trasmitirla, ya que la sabiduría, si no se transmite, se pierde. Tiene un conocimiento experien-

cial y profundo de la vida, y desea comunicarlo a quien más lo necesita. El maestro desea instruir al joven, iniciarle en los caminos de la existencia para que elija el temor del Señor y se vea libre de las múltiples insidias que lo acechan. La transmisión de la sabiduría es por tanto una obra excelsa de caridad; es fruto del amor a Dios y del amor al prójimo.

Para trasmisitir la sabiduría el sabio no la impone, ya que la sabiduría requiere la adhesión libre del corazón. El sabio desea atraer al joven; por eso ensalza la sabiduría, buscando que el corazón del discípulo se enamore de ella y así la persiga con decisión. En el libro de la Sabiduría (capítulo 8) se nos presenta al joven Salomón ponderando su belleza y sus beneficios; es así ejemplo de enamoramiento de la Sabiduría.

5. Salomón y la sabiduría

La tradición bíblica presenta a Salomón, hijo de David y rey de Israel, como el sabio por excelencia. Cuando Dios se le aparece en Gabaón y le dice: «díreme lo que quieras que te dé» (1 R 3, 5), Salomón responde pidiendo, no riquezas, gloria, longevidad o poder, sino «un corazón atento para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal» (1 R 3, 9). Esto le valdrá la aprobación de Dios, que promete concederle un corazón sabio e inteligente, y además todo aquello que no le ha pedido (1 R 3, 11-13); así, será el juez que descubre los corazones interviniendo

con prudencia, como muestra el famoso «juicio de Salomón» (1 R 3, 16-28). Esto hará del hijo de David el prototipo bíblico del sabio.

Dos grandes libros sapienciales, Proverbios y Sabiduría, se atribuyen a Salomón; es también protagonista de Qohélet y del Cantar de los Cantares. Más en general, toda la tradición sapiencial lo considera en su origen. Jesús se hará eco también de esta «sabiduría de Salomón» (Mt 12, 42; Lc 11, 31).

6. La Sabiduría personificada

Algunos pasajes del AT presentan la sabiduría, no como una cualidad, sino como un ser personal perteneciente al ámbito divino: Pr 8, 22-31; Si 24, 3-22. Se trata de una personificación poética: para el judío, monoteísta por antonomasia, sería inconcebible darle otro valor. Sin embargo, esta misteriosa presentación de la Sabiduría personificada, creada antes que el mundo y que guarda una relación filial con Dios, servirá a la primera teología cristiana para explicar la divinidad de Jesucristo; la doctrina del Hijo como «logos» (= «Palabra») en san Juan (Jn 1, 1) está en relación directa con ella.

7. La Sabiduría y el NT

El tema sería amplísimo. Por ello citamos sólo algunos textos del NT en los que aparece cómo Jesús, cuya sabiduría asombró a sus contemporáneos, realiza de forma suprema el ideal del «sabio». En él, ade-

más, se revela una sabiduría de Dios única, que supera la sabiduría meramente humana y lleva a plenitud la Sabiduría del AT.

Lc 2, 40.52: ⁴⁰El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él. (...) ⁵²Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Mt 12, 42: «La reina del Sur se levantará en el Juicio con esta generación y la condenará; porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón».

Mt 13, 54 Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros?»

1 Co 1, 19-25: Dice la Escritura: «Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes». ²⁰¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? ²¹De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación. ²²Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, ²³nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles; ²⁴mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. ²⁵Porque la necesidad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres».

Cuestionario

1. «Sabiduría» y santidad: ¿qué relación ves entre los dos conceptos?
2. «La sabiduría proporciona prosperidad temporal». ¿Es esto totalmente cierto? ¿Qué enseña la Escritura?
3. ¿Cómo explicarías la siguiente frase, básica en los libros sapienciales: «inicio de la sabiduría es el temor del Señor»?

ANTIGUO TESTAMENTO
IV: LOS LIBROS PROFÉTICOS

En el tema anterior hemos presentado los libros sapienciales del AT, que mediante la reflexión creyente buscan captar el significado salvífico de los acontecimientos que fundamentan la historia de Israel.

Sin embargo esta misma historia manifiesta que pese a todo el pueblo no ha sido fiel a la alianza con Dios. Por ello, desde tiempos antiguos Dios suscitó a los *profetas* con la misión de reavivar el deseo de vivir esa alianza con fidelidad. El tercer gran bloque del AT está formado, como ya sabemos, por los libros proféticos, aquellos que testimonian la actividad, las palabras y la vida de los profetas.

1. Presentación de los libros proféticos del AT

El «profeta» está presente desde antiguo en la historia de Israel. Ya se denomina así a Abraham (Gn 20, 7) y a Moisés (Dt 34, 10); las narraciones acerca de los profetas Samuel, Elías y Eliseo ocupan no pocos capítulos de los libros históricos (1 S 1-25; 1 R 17 - 2 R 13). Pero sólo a partir del siglo VIII a.C. comienza a ponerse por escrito la profecía; desde entonces, y hasta des-

pués del destierro en Babilonia, los escritos proféticos adquirirán una importancia creciente en Israel.

a. División clásica de los libros proféticos

Los libros proféticos se dividen, atendiendo a su extensión, como sigue:

- a) Profetas mayores: Isaías, Jeremías y Ezequiel (leer Si 48, 20; 49, 7; 49, 8-9).
- b) Profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías (leer Si 49, 10).

Con esta división la Biblia hebrea quiso evocar simbólicamente la Torá, la Ley fundamental de Israel: los profetas mayores son tres, como tres fueron los patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob); y los menores son doce, como doce fueron las tribus de Israel. La profecía y la ley están profundamente unidas.

A estos libros se añaden el de Daniel (que en el canon cristiano figura entre los profetas a continuación de Ezequiel, pero en el canon hebreo forma parte del grupo de los «Escritos») y el de Baruc, sólo considerado canónico por los cristianos y que en nuestras bibles suele aparecer después de Jeremías.

b. Cronología (aproximada) de los profetas

- Anteriores al 722 (caída del reino del Norte):
 - Reino del Norte (Israel): Amós (760-750) y Oseas (750-740).
 - Reino del Sur (Judá): Isaías (740-700) y Miqueas (740-736).

Como los doce mandamientos

- Entre 722 y 587 (caída de Jerusalén): Jeremías-Baruc (650-585), Sofonías (640-630), Nahúm (612 aprox.) y Habacuc (600 aprox.).
- Durante el exilio en Babilonia: Ezequiel (593-571).
- Despues del exilio en Babilonia: Ageo (520 aprox.), Zacarías (520-518), Abdías (498 aprox.), Malaquías (450 aprox.), Joel (400 aprox.) y Jonás (330 aprox.).

El libro de Daniel, ambientado durante el exilio babilónico, es en realidad una composición más tardía, que los estudiosos suelen situar ya en el siglo II.

2. La vocación del profeta

Nadie se constituye profeta a sí mismo: es Dios quien lo hace. Dice Amós: «yo no soy profeta ni hijo de profeta, sino vaquero y cultivador de higos. Pero Yahvé me tomó de detrás del rebaño y Yahvé me dijo: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel”» (Am 7, 14-15). La poderosa voz de Dios (el «rugido» de Yahvé: ver Am 1, 2) atrae irresistiblemente a quien es llamado para esta misión. Un breve recorrido por los relatos de vocación de los tres «profetas mayores» nos permite comprobarlo.

- a) **Isaías** (Is 6, 1-10): en una teofanía donde se manifiesta la santidad de Dios, Isaías es purificado de sus culpas (v. 7); entonces escucha la voz de Yahvé: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte nuestra?» Él se ofrece para la misión: «Aquí estoy, ¡envíame!» (v. 8). Entonces el Señor le encomienda la ingrata tarea de proclamar un anuncio que el pueblo va a rechazar (vv. 9-10). La pureza de cora-

zón que Dios le ha concedido lo atrae decididamente a consagrarse a la palabra de Dios. Aunque ello le acarree contratiempos y desgracias.

b) Jeremías (Jr 1, 4-10): la llamada se remonta a la eternidad; antes de que el profeta comenzara a existir en el seno de su madre, Yahvé lo había consagrado (v. 5). Su vocación está escrita en sus mismas entrañas. Ante semejante tarea, Jeremías manifiesta su incapacidad (v. 6); y es que todo hombre es radicalmente incapaz de proclamar la palabra de Dios. Pero Yahvé le hace comprender que, cuando hable Jeremías, será Dios mismo quien lo haga: «yo estoy contigo para salvarte» (v. 8); su predicación no será obra humana, sino divina («he puesto mis palabras en tu boca»: v. 9). Ésta es su fuerza. Será una misión en muchos momentos penosa: hay mucho que arrancar y que destruir (v. 10), ya que los pecados del pueblo lo hacen inevitable; ello acarrearía no pocas tribulaciones al profeta (ver Jr 38, 1-6). Pero también ha de reconstruir y plantar (v. 10): su misión tiene siempre como horizonte la esperanza en la promesa de Dios.

c) Ezequiel (Ez 2-3): tras la prodigiosa visión que ocupa el capítulo 1, Ezequiel oye la voz de Dios que lo envía a los israelitas, «nación rebelde» (2, 3). El profeta ha de interiorizar completamente la palabra de Dios; por eso Yahvé lo invita a comerse un libro enrollado (2, 8-9), símbolo de esa palabra. Para realizar su misión, Dios lo reviste de una for-

taleza invencible: «Mira, yo he hecho tu rostro tan duro como el rostro de ellos, y tu frente tan dura como su frente; he hecho tu frente dura como el diamante, que es más duro que la roca. No les temas, no tengas miedo de ellos, porque son una casa rebelde» (3, 8-9). Esta «dureza» o fortaleza caracteriza la misión de Ezequiel; de hecho su nombre (en hebreo *y'hezqe'l*) significa «Dios fortalezca».

El profeta es, por tanto, alguien que habla de parte de Dios porque ha sido consagrado desde siempre para esa tarea, ha tenido una experiencia auténtica de Dios y ha recibido de él la misión profética y la fortaleza para llevarla a cabo. Por eso es capaz de juzgar la infidelidad a la Alianza, y a la vez de anunciar la salvación venidera.

3. La predicación profética

Intentando sintetizar un tema complejo y rico como éste, podemos notar dos movimientos fundamentales de la predicación profética: el anuncio del castigo y la promesa de salvación.

(En la época que precede la caída del Reino del Norte y el exilio en Babilonia, predomina el anuncio de este castigo. Los profetas perciben el peligro que acecha, y lo interpretan a la luz de la fidelidad a la Alianza: si el pueblo es fiel, se le ahorrará el castigo; pero si persiste en volverse a los ídolos y en practicar la injusticia con el prójimo, llegará la ruina. En este contexto Jere-

Castigo
→ Promesa

mías exhortará a la «circuncisión del corazón» (Jr 4, 4), es decir, a una vivencia de la Alianza que brote del corazón y esté acompañada de justicia, sin quedarse en formalismos externos. Sin embargo, el castigo que se anuncia no significará el exterminio del pueblo elegido: quedará un «resto» (Is 4, 3; 11, 16), los «pobres de Yahvé» (Is 29, 18-19; 66, 2), que serán la raíz de la que brote el nuevo pueblo de Dios (Is 10, 33-11, 1).

Tras el exilio, el mensaje predominante es la promesa de salvación; una salvación que consistirá en la restauración de Israel. Pero en no pocos textos la promesa adquiere dimensiones tales que trascienden una mera reposición del pueblo elegido en su tierra: el cumplimiento de esa promesa supondrá una renovación radical del corazón. Jeremías habla de una «nueva alianza» que, a diferencia de la alianza del Sinaí, estará escrita, no sobre piedras, sino en el corazón de los hombres (Jr 31, 31-34); todos conocerán a Yahvé porque lo llevarán «escrito» en su corazón, tras haberseles perdonado los pecados. Ezequiel va aún más allá: describe la promesa como un auténtico «trasplante de corazón»; Yahvé dará a su pueblo un corazón nuevo, animado por su mismo Espíritu (Ez 36, 24-28). Como consecuencia de ello el pueblo vivirá una nueva justicia: amará a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo.

4. La profecía y el NT

Desde los inicios del cristianismo se percibió con toda claridad la importancia de la profecía del AT como

elemento fundamental para comprender la novedad del NT. La novedad de Jesucristo, asombrosa, estaba sin embargo *anunciada de antemano* por los profetas. El mismo nombre de «Nuevo Testamento» no es sino la traducción latina (*Novum Testamentum*) de la expresión hebrea que en Jr 31, 31 traducíamos como «nueva Alianza». De esta cuestión nos ocupamos ya en el Tema 2, al hablar de la relación entre Cristo y el NT; también en el Tema 3 indicábamos esto como causa de la colocación, en el canon cristiano, de los libros proféticos al final del AT, inmediatamente antes del NT. Daremos por tanto sólo algunas pinceladas.

El libro de Isaías reviste una importancia especial; en la Antigüedad cristiana fue denominado a menudo «el quinto Evangelio», ya que se veía como el más asombroso anuncio de Jesucristo. En Isaías hay una serie de oráculos que, relacionados entre sí, hablan de un misterioso niño descendiente de David que se llamará «Dios con nosotros» (Is 7, 14), traerá la luz a su pueblo y reinará para siempre (9, 1-4), recibirá en plenitud el Espíritu y juzgará con justicia (11, 1-9). Más adelante el personaje aparece designado como «Siervo de Yahvé» en los cuatro cantos que tienen a este personaje como protagonista (42, 1-9; 49, 1-7; 50, 4-10; 52, 13-53, 12); especialmente significativos son los dos últimos, sobre todo el 4º, donde el profeta describe la pasión y vuelta a la vida de ese Siervo.

En la última cena, al instituir la Eucaristía, Jesús dice: «Esta copa es la Nueva Alianza [= Nuevo Testa-

mento] en mi sangre, derramada por vosotros» (Lc 22, 20). Con ello quiere hacer comprender que la nueva Alianza anunciada por Jeremías se cumple en su pasión, muerte y resurrección. Mediante la comunión con Cristo, se escribe en los corazones de los fieles la ley de Dios; esta queda completamente interiorizada. Jesús representa el cumplimiento de esa promesa a la que apuntaba toda la predicción profética.

En fin, Jesús mismo habla y actúa como profeta; los Evangelios dan testimonio abundante de esta conciencia que Jesús tiene de sí mismo y de su misión. Él, que no es un profeta más sino «el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16), era tenido por profeta (ver Mt 21, 11 y Jn 4, 19) y dijo refiriéndose a sí mismo: «Un profeta no es despreciado sino en su patria y en su casa» (Mt 13, 57); algunos gestos suyos se explican como acciones proféticas (ver Mt 21, 12).

Cuestionario

1. La Iglesia «nace» el día de Pentecostés; ¿responde este acontecimiento a un anuncio profético? ¿De qué profeta se habla? (Leer Hch 2, 14-21).
2. Comenta Mt 16, 13-14.
3. En Mt 12, 18 ¿quién es ese «Siervo» del que se habla?
- 4) Lee 1 P 2, 18-25; luego lee Is 53, 1-12. ¿Qué es lo que presupone el Apóstol?

*Xtavicio de
Jesús
en su restauración
por el espíritu*

NUEVO TESTAMENTO I: LOS EVANGELIOS

Después de ocuparnos, como introducción general, de la naturaleza de la Escritura (tema 1) y de Cristo como plenitud de esa Escritura (tema 2); tras dedicar los cuatro temas siguientes al AT, pasamos ahora al segundo gran bloque que constituye nuestra Biblia: el Nuevo Testamento.

1. ¿Qué es el Nuevo Testamento?

Sobre el nombre «Nuevo Testamento» (= Nueva Alianza), ver cuanto hemos dicho en el último párrafo del tema anterior.

— *Punto de vista literario:* el Nuevo Testamento es un conjunto de 27 libros, escritos en la 2^a mitad del siglo I. De características literarias muy variadas, todos tienen como elemento común la fe en Jesús como Mesías e Hijo de Dios. Podemos dividirlo, siguiendo el orden canónico, como sigue:

1. Cuatro Evangelios: según san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan.
2. Libro de los Hechos de los Apóstoles.

3. Cartas de san Pablo (14 en total).
4. Cartas «católicas» (7 en total).
5. Apocalipsis de san Juan.

— *Interpretación:* el NT es el testimonio escrito de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, así como de la vida de la Iglesia naciente. Este testimonio, que se remonta a los apóstoles, es ofrecido por ellos y otros «varones apostólicos», sus colaboradores.

Con el adjetivo «nuevo» no queremos decir que sustituya al «antiguo». No es una lógica de sustitución (el AT conserva su validez, como ya sabemos), sino de continuidad-superación o, como dicen los mismos escritos del NT, de «plenitud». La «nueva alianza» es la «alianza renovada» definitivamente mediante el sacrificio pascual de Cristo.

2. Los cuatro Evangelios

Constituyen el núcleo fundamental del NT, pues contienen la narración de la vida, muerte y resurrección de Jesús. La palabra «evangelio» significa, en griego, «buena noticia»; se remonta al libro de Isaías, donde leemos: «El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé. Me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres...» (Is 61, 1). Jesús se aplicó a sí mismo estas palabras (Lc 4, 18) y, según el testimonio evangélico, se refirió a su propio mensaje como «evangelio» (ver Mt 24, 14; 26, 13;

Mc 8, 35; 10, 29; 16, 15; Lc 4, 43); así, el término «evangelio» pasó muy pronto a designar la enseñanza y la realidad misma de Jesús. Ver por ej. Mt 4, 23; Mc 1, 1; Hch 5, 42.

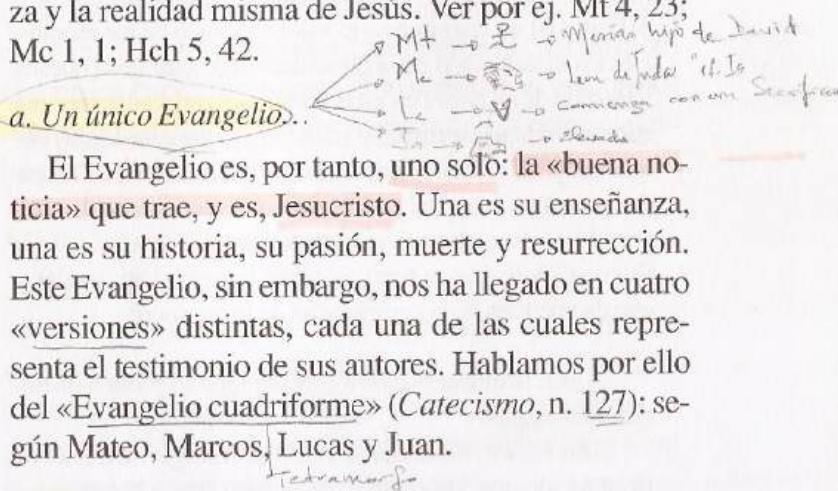
a. Un único Evangelio.

El Evangelio es, por tanto, uno solo: la «buena noticia» que trae, y es, Jesucristo. Una es su enseñanza, una es su historia, su pasión, muerte y resurrección. Este Evangelio, sin embargo, nos ha llegado en cuatro «versiones» distintas, cada una de las cuales representa el testimonio de sus autores. Hablamos por ello del «Evangelio cuadriforme» (*Catecismo*, n. 127): según Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

b. ... y cuatro Evangelios

Una tradición constante los atribuye desde antiguo a estos autores. Mateo y Juan son apóstoles (ver Mt 10, 2-3 y paralelos). Marcos y Lucas son «varones apostólicos», es decir, cristianos de la primera generación y estrechos colaboradores de los apóstoles, como se manifiesta en el mismo NT. Para Marcos, ver Hch 12, 12.25; 15, 37.39; Col 4, 10; 1 P 5, 13. Para Lucas: Col 4, 14. Ambos son nombrados en 2 Tm 4, 11 y Flm 24.

Desde hace dos siglos muchos estudiosos han cuestionado la autoría de estos evangelios, que habrían sido escritos, no por quienes afirma la tradición, sino por otros personajes más o menos directamente ligados a ellos (se suele hablar de discípulos suyos, o de miembros de sus «escuelas», o de sus



«comunidades»...). La cuestión es en sí compleja, y ante todo hay que decir que estas afirmaciones (que, si bien no carecen de fundamento, tampoco pueden aportar argumentos definitivos) no disminuyen el valor canónico de los escritos. Hemos manifestado en la presentación de este libro nuestra intención de no entrar en estas cuestiones especializadas; por ello asumimos la atribución tradicional, que concuerda además con la personalidad de cada uno de los escritos. Teniendo en cuenta, eso sí, el proceso que necesariamente han recorrido en su elaboración, descrito en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (que, a su vez, cita el concilio Vaticano II), y que da una idea de la complejidad de la cuestión:

— «En la formación de los evangelios se pueden distinguir tres etapas:

1. *La vida y la enseñanza de Jesús.* La Iglesia mantiene firmemente que los cuatro evangelios, “cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día en que fue levantado al cielo”.

2. *La tradición oral.* “Los apóstoles ciertamente después de la ascensión del Señor predicaron a sus oyentes lo que Él había dicho y obrado, con aquella crecida inteligencia de que ellos gozaban, instruidos y guiados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad”.

3. *Los evangelios escritos.* “Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la situación de las Iglesias, conservando por fin la forma de proclamación, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús”: *Catecismo*, n. 126.

*Fragmentos
de varios autores*

Cada uno de los evangelistas, como verdadero autor, ha compuesto un relato evangélico propio, característico; el evangelio según Mateo es distinto del de Marcos, etc. Son distintos, pero complementarios. Sus diferencias no los hacen disonantes, sino armónicos, en una polifonía que manifiesta toda su riqueza. La riqueza desbordante de la enseñanza y la persona de Jesucristo.

3. Los Evangelios sinópticos

Se denomina así a los tres primeros (Mateo, Marcos y Lucas). La palabra griega *synopsis* significa «visión conjunta» o «simultánea»; en efecto, los tres primeros evangelios, aunque presentan cada uno su personalidad específica, pueden ser reducidos a un esquema común que permitiría idealmente «presentarlos conjuntamente», en columnas paralelas. Los tres, después del Bautismo de Jesús, presentan una primera etapa de su vida pública en Galilea y, tras la subida a Jerusalén, una segunda etapa, más breve, en la ciudad santa, que culminará con su Pasión, muerte y resurrección. A diferencia de ellos, el Evangelio de Juan presenta mucha mayor movilidad geográfica (son frecuentes las subidas de Jesús a Jerusalén con motivo de las diversas fiestas), junto con otras particularidades que lo distinguen de los tres primeros.

a. El Evangelio según san Mateo

El primer evangelio, tradicionalmente atribuido al publicano Mateo (ver Mt 9, 9-13), comienza con la

esquema

1. *Después del Bmo.*
L. Pública Galilea

2. *Jerusalén + breve*

3. *Cántab. invernal + breve*

(Síntesis)

genealogía de «Jesús el Cristo, hijo de David, hijo de Abraham» (1, 1), y tras el «evangelio de la infancia» (capítulos 1-2) presenta la narración de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. Son característicos de este evangelio los cinco grandes discursos de Jesús: el 1º y más conocido, el «sermón de la montaña» (capítulos 5-7). Después están el «discurso misional» (c. 10), el «discurso parabólico» (c. 13), el «discurso eclesial» (c. 18) y el «discurso escatológico» (cc. 24-25). Jesús es por tanto el Maestro que instruye a las multitudes y sobre todo a sus discípulos; su enseñanza, destinada a los «sencillos» (11, 25), proviene del Padre, que «le ha dado todo» (11, 27). En la «gran invitación» con que invita a seguirle como discípulos, promete el descanso a quienes se unan a él bajo su mismo yugo, el «yugo» de la filiación divina, haciendo así que su carga resulte ligera (11, 28-30). El discípulo es capacitado por la comunión con Jesús para vivir según sus enseñanzas. Jesús mismo garantiza esta comunión perenne en las palabras finales: «Mirad, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo» (28, 20); el que había sido llamado al principio «Emmanuel, que significa *Dios con nosotros*» (1, 23) es plenamente, desde su resurrección, «Dios con nosotros».

b. *El Evangelio según san Marcos*

Este evangelio, el más breve, no es por ello menos intenso que los otros. En su primer versículo aparece

Quién es Jesús?

ya concentrado todo su contenido y su desarrollo: «comienzo del evangelio de Jesús, Mesías [=Cristo], Hijo de Dios» (Mc 1, 1). Todo el evangelio está concentrado en torno a la cuestión: ¿quién es Jesús? La vida pública de Jesús aparece recorrida por esta pregunta (ver Mc 4, 41; 12, 37), que sólo paulatinamente se irá aclarando. Para ello Marcos subraya la incomprensión de los discípulos (cfr. Mc 6, 52; 8, 17-21). Las prohibiciones de hablar (cfr. Mc 8, 31; 9, 9) se explican a partir de esta incomprensión: sólo la experiencia del entero camino de Jesús, que incluye la cruz y la resurrección, permite hablar de él adecuadamente. Para saber quién es Jesús hay que leer el evangelio hasta el final. Las dos etapas en que se divide vienen indicadas ya en el primer versículo (1, 1): la primera abarca hasta la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, «tú eres el Mesías» (8, 29); la segunda culmina en la confesión del centurión al pie de la cruz: «verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (15, 39). Sólo la muerte en cruz llevará a la confesión de su auténtica dignidad.

c. *El Evangelio según san Lucas*

El tercer evangelio presenta profundas semejanzas con los dos anteriores, pero a su vez tiene personalidad propia. El prólogo inicial (Lc 1, 1-4) manifiesta su intención: tras una investigación minuciosa de los hechos referentes a Jesús, Lucas pretende sumar su trabajo al de quienes ya han escrito acerca de

Jesús, para que su destinatario Teófilo (¿personaje real? ¿ficción literaria, = «amigo de Dios»?) conozca «la solidez de las palabras con que has sido catequizado» (1, 4). Tras un «evangelio de la infancia» que abarca los dos primeros capítulos, el evangelista recorre la vida pública de Jesús. Con una característica: la subida a Jerusalén, que en Mateo ocupa dos capítulos (Mt 19-20) y en Marcos sólo uno (Mc 10), en Lucas abarca casi 10 capítulos (Lc 9, 51-19, 28). En este largo camino se sitúan importantes enseñanzas de Jesús (por ejemplo el Padre Nuestro: 11, 1-4), que —como característica también de este evangelio— se expresan de forma eminentemente en las conocidas parábolas de Lucas: el buen samaritano (10, 30-37), las «parábolas de la misericordia» (la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo: 15, 3-32), el administrador infiel (16, 1-8), el rico epulón y el pobre Lázaro (16, 19-31), el juez inicuo y la viuda importuna (18, 1-8), el fariseo y el publicano (18, 9-14), las minas (19, 11-27). En Lucas, por tanto, Jesús es el misericordioso Peregrino que camina hacia la culminación de la voluntad del Padre mediante el misterio pascual. El evangelio, que comienza en el templo de Jerusalén (1, 5), culminará en ese mismo lugar, tras la ascensión de Jesús (24, 53). Como continuación Lucas escribió los «Hechos de los Apóstoles», que nos presentan la vida de la Iglesia primitiva; nos ocuparemos de ellos en el tema 9.

1, 8: «Oficiaba delante de Dios con el grupo de su túnica»
24, 53: «Estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios»

4. El Evangelio según san Juan

El cuarto Evangelio comienza con un prólogo que se remonta, no ya a la infancia de Jesús (como Mateo y Lucas), sino a la eternidad (Jn 1, 1-18): «en el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba orientado hacia Dios, y el Verbo era Dios» (1, 1); «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (1, 14). Mediante este prólogo el «teólogo» (como llaman los Padres de la Iglesia al evangelista Juan) comienza afirmando la suprema dignidad de quien va a protagonizar su narración. Toda esta narración no es sino el «testimonio escrito» de quien acompañó a Jesús durante su vida pública y, al pie de la cruz, fue testigo de los misterios más hondos (21, 24; cfr. 19, 35-37).

Podemos distinguir dos grandes partes en el evangelio de Juan: antes de la cena pascual, y después del comienzo de esta cena. El punto central está en 13, 1, donde se recoge todo lo anterior («... habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo ...») y se anticipa lo que sigue («... los amó hasta el extremo»): toda la vida terrena de Jesús está presentada en clave de amor, de *agape*. En los capítulos 1-12 asistimos a la vida pública de Jesús, marcada por siete milagros o —como los denomina este evangelio— «signos»: las bodas de Caná (2, 1-11), la curación del hijo de un funcionario imperial (4, 46-54), la curación del paralítico (5, 1-9), la multiplicación de los

LIBRO
SIGLOS

Cena (2)

Curación (11)

Paralítico (5)

Mul. pl. (4)

Ram

Cura (1)

Placa (1)

Agua (1)

Sabor (1)

Resuc

LIBRO
DE LOS
SIGLOS

Antea
Cena Pascual
Después de la
cena

Lectura de la hora

panes y los peces (6, 1-15), Jesús que camina sobre las aguas (6, 16-21), la curación del ciego de nacimiento (9, 1-7), y finalmente la resurrección de Lázaro (11, 1-44); por ello se suele llamar a esta primera parte «libro de los signos». La sección culmina en el rechazo de Jesús por parte de los dirigentes del pueblo (12, 37-50). Desde el capítulo 13 comienza el llamado «libro de la hora», caracterizado por esta expresión (ver 2, 4; 13, 1; 17, 1; 19, 27) que designa el momento decisivo de la entrega total de Jesús, de su «glorificación» (ver 7, 39; 17, 1). Esta segunda parte se caracteriza sobre todo por el largo «discurso de despedida» de Jesús durante la cena (13, 1-16, 33), que culminará en la llamada «oración sacerdotal» (capítulo 17). Notemos, en fin, que Juan dedica dos capítulos enteros a la resurrección (Jn 20-21); el «discípulo al que Jesús amaba» (así es como, enigmáticamente, se designa a sí mismo el autor: 13, 23; 19, 26; 20, 2; 21, 7; 21, 20) resulta ser el evangelista que más espacio dedica a este acontecimiento fundamental.

5. Conclusión: cuatro testimonios, una realidad

Más allá de los rasgos que caracterizan cada uno de los relatos evangélicos el lector creyente descubre su profunda unidad, fundada en la identidad de los hechos de los que dan testimonio; en Mateo, Marcos, Lucas y Juan descubrimos al mismo Jesús. El hecho de estar centrados en él, en su historia, su enseñanza

y su misterio, convierte a estos cuatro evangelios en el centro de gravedad, no sólo del NT, sino de la entera Escritura. Como nos enseña, una vez más, el *Catecismo*.

«Los Evangelios son el corazón de todas las Escrituras “por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador”»: *Catecismo*, n. 125.

Cuestionario

1. El hecho de que haya cuatro evangelios ¿es un defecto? ¿No sería mejor que hubiera uno sólo, de manera que no hubiera divergencias acerca de algunos aspectos de la historia de Jesús?
2. Lee el relato de la resurrección en Marcos (Mc 16, 1-8), y luego en Juan (Jn 20-21). ¿Qué te llama la atención?
3. ¿Qué han pretendido los evangelistas al escribir sus evangelios? Para responder lee Lc 1, 4; Jn 20, 30-31; Jn 21, 24-25.
4. ¿Cuál es el evangelio que más te atrae, y por qué?

NUEVO TESTAMENTO
II: LAS CARTAS APOSTÓLICAS

El segundo gran bloque del NT está formado por escritos diferentes de los evangelios. Éstos, en efecto, pretenden dar un testimonio acerca de la persona, la vida y la obra de Jesucristo; por el contrario las cartas apostólicas, aun compartiendo esa naturaleza testimonial, responden a necesidades más concretas.

Cartas ev. en los apóstoles. Una comprobación de su testimonio.

La vida de la Iglesia naciente supone una multitud de circunstancias nuevas que plantean numerosas cuestiones, ya doctrinales, ya disciplinarias; a ellas dan respuesta algunas cartas. Otras responden a la conveniencia de mantener viva la fe y la caridad de las comunidades, tantas veces privadas de la presencia de un apóstol que se ve obligado por su ministerio a buscar nuevos horizontes. Todo esto lleva a la presencia mediante la palabra escrita; la eficacia de semejante método hará que, de excepcional, pase a ser considerado un medio valioso para la evangelización.

1. División de las cartas apostólicas

Distinguimos dos grandes grupos:

1. Cartas de san Pablo (14 en total).
2. Cartas «católicas» (7 en total).

El primer grupo está denominado según su autor: el apóstol Pablo. El segundo grupo, por el contrario, recibe este nombre a causa de sus destinatarios: no son cartas dirigidas a tal o cual Iglesia particular (como Romanos, Gálatas, etc.), sino que son «católicas», es decir, «universales», sin destinatario concreto y por tanto dirigidas a la Iglesia en su conjunto.

2. Las cartas de san Pablo

Representan el conjunto epistolar más extenso del NT; su importancia teológica y eclesial es de primer orden. Antes de presentarlas, digamos algo acerca de su autor.

a. Pablo, el fascinado por Jesucristo

Saulo era un fariseo devoto cumplidor de la ley (Hch 23, 6); mostraba su celo religioso persiguiendo a los seguidores de un nuevo camino, los cristianos (Hch 8, 3). Pero camino de Damasco se encontró con Jesús: experiencia única que lo convirtió de perseguidor en apóstol (Hch 9). Y que transformó completamente su relación con Dios. Antes pensaba que lo fundamental era cumplir la ley: así —pensaba— es como el hombre se justifica, es decir, se hace justo ante Dios. Pero su encuentro con Jesucristo le hizo comprender que lo único que hace justo al hombre es su comunión con él, su incorporación a Cristo mediante la fe. Así el cristiano adquiere una inaudita intimidad con Dios: ¡se convierte en hijo! Y se reviste, por tanto, de la santidad de Dios. En adelante, su única pasión será Cristo Je-

sús: «todo lo estimo basura, con tal de ganar a Cristo» (Flp 3, 8). Y su única misión —que lo llevará hasta España, confín del mundo entonces conocido (ver Rm 15, 24.28)— será predicar el evangelio de Jesús: «¡Ay de mí, si no evangelizo!» (1 Co 9, 16).

b. Un extenso epistolario

La desbordante actividad apostólica de Pablo, que en buena parte describen los Hechos de los Apóstoles, no se limitó a sus viajes; sino que descubrió en la palabra escrita un medio precioso para prolongar su eficacia. Son 14 las cartas que le atribuye la Biblia, donde aparecen ordenadas según su extensión y no según su antigüedad; distinguimos pues:

- a) Las cuatro grandes cartas a los Romanos, Corintios (2) y Gálatas; en ellas hallamos los principales elementos de la teología de Pablo.
- b) Las tres «cartas de la cautividad»: Efesios, Filipenses y Colosenses. En ellas Pablo alude a su condición de «prisionero por Cristo» (Ef 3, 1; 4, 1; Flp 1, 7; 1, 13-17; Col 4, 18).
- c) Las dos cartas a los Tesalonicenses, probablemente las primeras que escribió.
- d) Las cuatro cartas «pastorales» a Timoteo (2), Tito y Filemón; se caracterizan por estar dirigidas a estos personajes individuales, que en los dos primeros casos son obispos de sendas iglesias. Por ello son especialmente prolíficas en enseñanzas acerca del ministerio pastoral.

e) La carta a los Hebreos, una homilía escrita probablemente por un discípulo de Pablo que el mismo Apóstol aprueba y recomienda al final de la misma (Hb 13, 22).

Para nuestra exposición vamos a seguir el orden cronológico de composición, tal como es comúnmente aceptado por los estudiosos.

c. *Las dos cartas a los Tesalonicenses*

En Hechos 17 se narra la llegada de Pablo y Silas a Tesalónica, ciudad en el norte de Grecia; tras varias semanas de predicación en la sinagoga hicieron una gran multitud de prosélitos, lo que les valió las iras de los judíos de la ciudad y les obligó a abandonarla. Pero la semilla estaba ya echada. Pablo, en su deseo de mantener vivo el fuego de la fe, «inventará» un nuevo modo de evangelización: la carta, un pedazo de pergamino que lo hace vigorosamente presente entre los tuyos. La primera carta es del año 49, la segunda un poco posterior. Basta leer el comienzo de la primera de ellas (1 Ts 1, 2-10) para descubrir el amor que Pablo siente por este rebaño; le preocupará especialmente sostener su fe en la resurrección (ver 1 Ts 4, 13-18).

d. *Las dos cartas a los Corintios*

Tras su fracaso en el Areópago de Atenas Pablo se fue a Corinto (Hechos 18), donde trabó amistad con un matrimonio, Aquila y Priscila, que se convertirán en amigos y colaboradores del Apóstol. A esta comu-

nidad escribirá dos de sus cartas más extensas. En la 1^a de ellas, escrita el año 54, el Apóstol expone de forma magistral la «sabiduría de la cruz» (1 Co 1, 17-2, 16), y aborda una serie de problemas de esta comunidad, herida por la división (1, 10-16); el capítulo 13, dedicado al amor como aquello que anima todos los carismas en la Iglesia, es una de las páginas más sublimes de la Escritura. La 2^a carta, redactada un año después, contiene una encendida defensa del ministerio apostólico de Pablo frente a sus detractores.

e. *Las cartas a los Gálatas y a los Romanos*

Estas dos cartas abordan un mismo problema; la carta a los Gálatas (año 54/55) es una reacción inmediata, mientras que la carta a los Romanos –quizá la carta paulina más importante, escrita en torno al 55/56– lo trata de forma sistemática. Se trata del tema de la «justificación» operada por Cristo; es decir, de la «salvación que nos constituye en justos». Para gozar de ella, ¿es necesario someterse a los preceptos de la ley, simbolizados por la circuncisión? Los «judaizantes», presentes y muy activos en Galacia (Asia Menor), sostenían que sí; Pablo afirmará con rotundidad que no. Lo único que salva es la fe en Cristo Jesús; ver Ga 2, 15-21. Por ello ambas cartas insistirán en la figura de Abraham (Ga 3; Rm 4), que según la Escritura fue justificado por su fe en la promesa divina (Gn 15, 2-6), antes de que Dios estableciera la circuncisión como signo de la Alianza

(Gn 17, 9-10). La justificación obrada por Jesús abre para el cristiano la posibilidad fascinante de la filiación divina; esta realidad culminante ocupa el centro de ambas cartas, donde se afirma que el cristiano es aquel que se deja llevar por el Espíritu del Hijo de Dios para gritar: ¡*Abbá, Padre!*! (Ga 4, 6; Rm 8, 15).

f. Las cartas «de la cautividad»

(*Filipenses, Efesios, Colosenses*)

La ciudad macedonia de Filípos, primera urbe europea evangelizada por Pablo (Hch 16, 12-40), había recibido el Evangelio en torno a los años 47/48. Pablo volverá a pasar por allí unos años más tarde (Hch 20, 1-6). La carta a los Filipenses está escrita desde una cautividad del Apóstol (posiblemente en Éfeso, en torno al 52/53); en ella Pablo cantará de modo admirable el misterio del abajamiento y la exaltación de Cristo (Flp 2, 6-11).

Más tarde Pablo escribe sus epístolas a los cristianos de Éfeso (capital de la provincia romana de Asia, en Asia Menor, actual Turquía), donde había evangelizado durante más de dos años (Hch 19, 8-10), y de Colosas (ciudad de la misma provincia). Estas dos cartas son muy semejantes entre sí; probablemente las escribe Pablo desde su cautiverio en Roma, entre los años 61/63. El problema que reflejan (una nueva manifestación de la tendencia «judaizante») es el mismo: en estas comunidades de Asia Menor se exageraba tanto la importancia de las potencias celestes

propias de la especulación judía popular, que se comprometía la supremacía de Cristo. El Apóstol declara que la salvación viene sólo de la comunión con Cristo resucitado, y no del sometimiento a otras potestades cósmicas. Ver Col 2, 6-3, 4; Ef 1, 15-23. La obra pacificadora de Cristo en la cruz será descrita de forma insuperable en Ef 2, 11-22; la vocación del cristiano es, en respuesta, vivir en el amor «como Cristo nos amó y se entregó por nosotros» (Ef 5, 2).

g. Las cartas pastorales (1-2 Timoteo, Tito, Filemón)

En su segundo viaje apostólico Pablo toma como colaborador al joven Timoteo (Hch 16, 1-3), que en adelante será asiduo acompañante y hombre de confianza (ver Hch 19, 22; 1 Co 4, 17; Flp 2, 19; 1 Ts 3, 2); no pocas cartas de Pablo aparecen firmadas juntamente con Timoteo (Rm 16, 21; 2 Co 1, 1; Flp 1, 1; Col 1, 1; 1 Ts 1, 1; 2 Ts 1, 1; Flm 1). En las misivas que le dirige, el Apóstol lo llama «hijo» (1 Tm 1, 2.18; 2 Tm 1, 2), con lo que manifiesta el profundo lazo de amor que los une. Estos escritos abundan en instrucciones acerca del gobierno de la Iglesia y de las condiciones que han de reunir sus ministros (1 Tm 3, 1-13; 5, 17-22); Timoteo, a pesar de su juventud (1 Tm 4, 12), está llamado a ser modelo perfecto para todos los fieles, exhortándolos «a tiempo y a destiempo» (2 Tm 4, 2). En esta etapa final de la vida de Pablo, cuando presiente ya cercana su muerte (ver 2 Tm 4, 6-8), insiste a su amado discípulo en la necesidad de preservar el depósito de la

fe que ha recibido (1 Tm 6, 20; 2 Tm 1, 14) y en mantener viva la llama del orden episcopal, recibido por la imposición de las manos (1 Tm 4, 14; 2 Tm 1, 6).

Tito es otro querido colaborador de Pablo (ver 2 Co 2, 13; 8, 23; 12, 18; Ga 2, 1-3), que más tarde ejercerá por encargo suyo el ministerio episcopal en la isla mediterránea de Creta (Tt 1, 5). El Apóstol lo exhorts a ejercer con decisión su ministerio episcopal, denunciando a los falsos maestros (1, 10-16) y exhortando a todos los fieles a vivir según su vocación, con «una total mansedumbre con todos los hombres» (3, 2); ya que «se ha manifestado la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres» (3, 4).

La brevíssima carta a Filemón –sólo 25 versículos– contiene una súplica de Pablo en favor de Onésimo, esclavo de Filemón (personaje que sólo conocemos por este escrito), a quien Pablo ha bautizado en la cárcel. El Apóstol insinúa, no sin atrevimiento, que la relación entre amo y esclavo ha sufrido un cambio fundamental, pues por el bautismo Onésimo se ha convertido en hermano en la fe de quien es su dueño (Flm 15-16).

h. La carta a los Hebreos

Esta larga carta, escrita con gran probabilidad por un discípulo de Pablo (ver Hb 2, 3; Pablo, al predicar el Evangelio, se remite siempre a su autoridad como Apóstol), pero conocida y recomendada por él (ver 13, 18-19; 13, 22-25), consiste en una larga homilía

o, según la terminología de Pablo, una «palabra de exhortación» (13, 22). Gira en torno a un tema fundamental: Cristo como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza. La cruz de Cristo es interpretada como el sacrificio que, de una vez para siempre, nos ha reconciliado con el Padre (7, 27; 9, 12). El contenido de la carta aparece resumido en su mismo centro: «Éste es el punto capital de cuanto estamos diciendo: tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la derecha del Trono de la Grandezza en los cielos» (8, 1). De modo que podemos acercarnos con plena confianza al Trono de Dios, ya que tenemos un Sacerdote que intercede perennemente por nosotros (10, 19).

3. Las Cartas Católicas

Las siete cartas del NT no atribuidas a san Pablo, y que desde muy antiguo forman una colección denominada –en razón de sus destinatarios– «cartas católicas», completan el epistolario neotestamentario.

a. La carta de Santiago

Dirigida «a las doce tribus de la Diáspora» (St 1, 1), en alusión a los cristianos diseminados por el imperio romano, la carta de Santiago el menor (que fuera obispo de Jerusalén: ver Hch 12, 17; 15, 13; 21, 19) contiene una rica enseñanza sapiencial (ver St 3, 13-18) acerca de diversos aspectos de la vida cristiana. Destacan sus advertencias a los ricos acerca de los pobres (2, 1-13; 4, 13-5, 6), la importancia de las

buenas obras (2, 14-26) y el rechazo de la discordia entre los hermanos (4, 1-12).

b. Las dos cartas de san Pedro

Las cartas del primero de los Apóstoles abordan, como buena parte de las cartas apostólicas, temas variados de utilidad para las comunidades cristianas. Nos impresiona su encendida exhortación a la santidad (1 P 1, 13-21) y a sufrir con alegría los sufrimientos injustamente infligidos (1 P 3, 13-17; 4, 12-19), a imitación de Cristo (1 P 2, 21-25) y en espera del juicio final y definitivo que llegará en los últimos tiempos (1 P 4, 7; 2 P 3, 10).

c. Las tres cartas de san Juan

La primera carta del Apóstol Juan constituye un magnífico complemento a su Evangelio, del que amplía algunas enseñanzas, particularmente acerca de Dios y del amor (*agape*). Dios es luz sin tiniebla alguna (1 Jn 1, 5); Dios es amor (4, 8). Y los cristianos somos hijos queridos de Dios (3, 1-2). Por ello estamos llamados a amarnos unos a otros (4, 7); «quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (4, 20). Por el contrario, «quien ama a su hermano permanece en la luz» (2, 10). El cristiano ha de prevenirse frente a los «anticristos»: aquellos que no reconocen a Jesús como Señor (4, 3).

La segunda y tercera cartas de Juan contienen breves instrucciones. La 2^a (13 versículos) está dirigida a «la Señora elegida», metáfora poética que designa

a una comunidad eclesial; el Apóstol la instruye acerca del mandamiento del amor y de los anticristos. La 3^a (15 versículos) está dirigida a un discípulo del Apóstol llamado Gayo; dado que se trataba de un nombre muy común, no sabemos si hay que identificarlo con el Gayo mencionado en otros escritos del NT (Hch 19, 29; 20, 4; Rm 16, 23; 1 Co 1, 14). Juan hace un elogio de este personaje y le da algunas orientaciones concretas.

d. La carta de san Judas

El autor de esta carta, también breve (25 versículos), no se identifica con el apóstol Judas el de Santiago (Lc 6, 16; Jn 14, 22; Hch 1, 13), también llamado en el NT Tadeo (Mt 10, 3; Mc 3, 18); el que habla en la carta no es un apóstol (ver los vv. 17-18). Se trata de Judas «hermano de Santiago» (Judas 1); es probable que se trate de uno de los «hermanos del Señor» (ver Mt 13, 55).

La carta de Judas exhorta a permanecer firmes en la fe frente a los falsos maestros que, introducidos en la comunidad, la hacen peligrar (v. 4); Judas pone de manifiesto sus blasfemias y su perversidad, que los ha de llevar al castigo. Por el contrario exhorta a los fieles a perseverar, llenos de esperanza, «en la caridad de Dios» (v. 21).

4. Conclusión

La presentación de los escritos epistolares del NT nos sitúa ante la viva realidad eclesial de los primeros años de cristianismo. La vivencia del Evangelio

apenas inaugurado suscita cuestiones, requiere explicaciones, plantea problemas que hay que solucionar; su amplia difusión geográfica exige medios que permitan superar las distancias. En las cartas apostólicas hallamos algunas de las páginas más brillantes de la Escritura; el celo pastoral de los Apóstoles, volcado en iluminar la vida de las primeras comunidades, sigue proyectando su influjo bienhechor a lo largo de todos los tiempos. También hoy. Porque su palabra es Palabra de Dios dirigida a la Iglesia universal.

Cuestionario

1. Localiza en un mapa (si es posible, en un mapa de los viajes de san Pablo, como los que tienen muchas biblias) las ciudades o regiones a las que Pablo dirige su correspondencia: Roma, Corinto, Galacia, Tesalónica, Filipos, Éfeso, Colosas. Compáralo con los viajes apostólicos que realizó. ¿Qué nos dice esto acerca de la función de sus escritos?
 2. Lee el discurso con que Pablo se despide de los presbíteros de Éfeso en Hch 20, 17-38; ¿qué semejanzas encuentras con las cartas de san Pablo?
 3. Las cartas de Pablo están dirigidas a comunidades concretas; pero ¿sólo a ellas? Lee Col 4, 16.
 4. Compara 2 P 1, 16-18 con Mt 17, 1-9. ¿A qué acontecimiento se refiere el autor de la carta?
- Transfiguración*

9

NUEVO TESTAMENTO III: HECHOS DE LOS APÓSTOLES Y APOCALIPSIS

Las cartas apostólicas nos han puesto en contacto con la naciente Iglesia, un mundo lleno de vida que se caracteriza por el dinamismo con que la nueva comunidad afronta la misión que le ha encomendado el Maestro: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15).

Dos libros del NT centran su atención, desde perspectivas diferentes, en la vida de la Iglesia y su peregrinar por la historia de los hombres: los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis. Ambos escritos se presentan, dentro del canon bíblico, ligados a un Evangelio: el de Lucas (Hechos) y el de Juan (Apocalipsis).

1. Los «Hechos de los Apóstoles»

El comienzo de este libro recuerda el inicio del Evangelio de San Lucas; basta comparar Lc 1, 1-4 con los dos versículos iniciales de los Hechos:

Hch 1, 1-2: El primer tratado lo compuse, oh Teófilo, acerca de todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, has-

e. La Iglesia en los Hechos de los Apóstoles

La apasionante historia de la primitiva Iglesia tal y como es narrada en los Hechos pone ante nuestros ojos una comunidad llena de vitalidad y fuertemente unida, en torno a la Eucaristía, por la comunión en la fe y en la caridad. Hay tres célebres pasajes, conocidos como los «sumarios» de Hechos, en que esto aparece: Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16. No hay que pensar en una situación idílica: también en la primitiva Iglesia había problemas (ver por ejemplo el episodio de Ananías y Safira en 5, 1-11, o la disputa entre Pablo y Bernabé en 15, 36-40). Pero estas dificultades no impiden el crecimiento cada vez más punjante de una Iglesia que, conducida y fortalecida por el Espíritu Santo (ver Hch 2, 1-4; 4, 31; 10, 44-45), se esfuerza por llevar el Nombre de Jesús «hasta los confines de la tierra». La primera gran decisión doctrinal que habrá de tomar, en el «concilio de Jerusalén» (Hch 15, 6-29), manifiesta hasta qué punto la comunión eclesial es una realidad vivida por la primera comunidad.

2. El Apocalipsis de Juan

«Apocalipsis» significa, en griego, «revelación». Este libro bíblico, el último en el canon cristiano, contiene la gran «revelación» recibida de Dios por Juan (Ap 1, 1) cuando se hallaba prisionero en Patmos «a causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús» (Ap 1, 9). Desde el siglo II la tradición ha re-

conocido en este Juan al autor del 4º Evangelio, del que se nos decía: «Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que ha escrito esto» (Jn 21, 24). Esta revelación acontecida en la remota isla del mar Egeo afecta al futuro de la Iglesia: «lo que ha de suceder enseguida» (Ap 1, 1); su historia, entrelazada de forma inseparable con la historia de la humanidad, es por tanto descrita en clave «apocalíptica».

Si bien bastantes autores cuestionan ya desde antiguo su atribución al Apóstol Juan, la pertenencia del Apocalipsis a la «tradición joánica» es generalmente reconocida, y sus relaciones con el evangelio de Juan son objeto de numerosos estudios.

a. Un género literario peculiar

Es propio del género apocalíptico el empleo de recursos literarios distintos de los que suele emplear la historia. En el Apocalipsis abundan las imágenes, las visiones, lo extraordinario; su lenguaje grandioso sugiere el carácter definitivo y escatológico [= referido a las realidades últimas] de cuanto se narra. Estamos, en fin, en el mundo de los símbolos: todo está cargado de un simbolismo del que no podemos prescindir en la lectura. Un ejemplo: al leer la descripción de «un Cordero en pie, como degollado, con siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios» (Ap 5, 6), el lector no debe unir en su imaginación todos los rasgos para componer una imagen que resultaría extravagante; sino que, comprendiendo la clave comunicativa, ha de descifrar cada uno de los símbo-

los: un «Cordero» (Jesús víctima) «en pie» (vivo y resucitado) «como degollado» (con las marcas de la Pasión), «con siete cuernos» (plenitud de potestad, de fuerza: siete = plenitud) «y siete ojos» (plenitud del Espíritu). Sólo entonces se hace inteligible esta descripción.

No es fácil, por tanto, comprender este libro; pero esto no hace sino incrementar la atracción que, desde los primeros siglos, ha ejercido entre los cristianos.

b. Un tema fundamental: la Iglesia

Desde su comienzo encontramos a la Iglesia. El libro está dirigido «a las siete iglesias de [la provincia romana de] Asia» (en la actual Turquía occidental: 1, 4), que simbolizan (número «siete») la totalidad de la Iglesia. A esta Iglesia, compuesta de santos (8, 3-4) y pecadores (3, 15-16) y llamada a la santidad, la guiará el Señor resucitado a través de los avatares de este mundo, hasta culminar en la Jerusalén celestial.

c. Un contexto: la liturgia

La gran visión, acontecida en «el día del Señor» (el domingo: 1, 10), supone el contexto de una gran celebración, como manifiestan algunos diálogos litúrgicos (1, 1-8; 22, 6-21). Ello nos ofrece una clave interpretativa: la gran revelación que se desarrolla en este libro –desde el capítulo 4 al capítulo 22– se actualiza en el «hoy» de la asamblea litúrgica que celebra y renueva su fe, como manifiestan las siete cartas a las iglesias de

Asia (capítulos 2-3). La asamblea (1, 3) está llamada a hacer suyo el testimonio de Jesús, a imitación de los dos testigos que ocupan el centro del libro (11, 1-13); en su vida cotidiana esa asamblea suspira con la súplica final: «¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20).

d. Una Iglesia fiel y en camino de conversión (Ap 1-3)

Tras la manifestación gloriosa de Jesús resucitado (1, 9-18) el Apocalipsis comienza con una «liturgia penitencial» consistente en las cartas que, por mandato de Jesús (1, 19), Juan escribe a las siete iglesias de Asia (Ap 2-3). En ellas el Señor manifiesta el juicio que cada una de ellas le merece: a unas las llama a la conversión (Éfeso, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Laodicea) mientras pone de relieve la fidelidad de las otras (Esmirna, Filadelfia). El juicio de Jesús, Pastor que «conoce» a sus ovejas (ver 2, 2; 2, 9; 2, 13; 2, 19; 3, 1; 3, 8; 3, 15), culmina siempre en una promesa; así, la carta a la iglesia de Éfeso concluye: «al vencedor le daré a comer del Árbol de la Vida que está en el Paraíso de Dios» (2, 7). La llamada de Jesús a la conversión está fortalecida por esta promesa de vida.

e. Una Iglesia inmersa en las pruebas de la historia (Ap 4-20)

La gran visión del trono celestial rodeado de los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes (4, 1-11) sirve como pórtico de esta 2^a sección del Apo-

calipsis; el que está sentado en el trono (Dios) tiene en la mano un libro sellado que nadie puede abrir, lo cual provoca el llanto del vidente (5, 1-4). Pero uno de los ancianos le consuela: ya hay quien puede abrirlo, pues «ha triunfado el León de la tribu de Judá, el Retoño de David, para abrir el libro y sus siete sellos» (5, 5). Entonces tiene lugar la visión del Cordero, Cristo muerto y resucitado, que es por ello capaz de abrir el libro (5, 6-9). A partir del capítulo 6 el Cordero irá abriendo uno por uno los siete sellos (Ap 6-7); a estos siguen las siete trompetas (Ap 8-11), tras las cuales tiene lugar la gran visión de la Mujer y el Dragón (Ap 12-13). Pese a las pruebas que sufren por dar testimonio de su Señor (ver 6, 9; 11, 3-12; 12, 11; 12, 17; 17, 6), los que siguen al Cordero van acercándose cada vez más al triunfo final (14, 1-5). Así la historia futura del mundo y de la Iglesia avanza hacia el gran Día. Esta historia se ve envuelta en numerosas pruebas de todo tipo; pero no importa, pues la dirige el Cordero, que la ha de llevar hasta la victoria final (15, 1-4). La caída de la Gran Babilonia (Roma: Ap 17-18) y el multitudinario «Aleluya» cantado en el cielo (19, 1-10) auguran una consumación gloriosa, precedida por el juicio definitivo de las naciones paganas (Ap 20).

f. Una Iglesia segura de la victoria final (Ap 21-22)

La sección conclusiva del Apocalipsis está dominada por la visión de la Jerusalén celestial, esa mo-

rada definitiva de Dios con los hombres (21, 3) «que baja del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia adornada para su esposo» (21, 2). Esta deslumbrante ciudad (ver su descripción en Ap 21, 18-21), cuyo fundamento son los Doce Apóstoles del Cordero y cuyas puertas son las Doce Tribus de Israel (manifestando así la unidad del plan salvador de Dios, de AT y NT: 21, 12-14), es un puro don de Dios, y su presencia la invade completamente: «santuario no vi en ella, pues el Señor Dios todopoderoso, y el Cordero, es su santuario. La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbrén, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero» (21, 22-23). Así, la nueva Jerusalén da cumplimiento a las profecías del AT (ver Is 60, 19-20). En el centro de la ciudad está el Árbol de la Vida: aquel árbol del que fueron privados los primeros padres en el Paraíso (Gn 3, 24) ofrece ahora su fruto abundante e inagotable a los habitantes de esta urbe celeste. La felicidad que la invade se manifiesta en las dos bienaventuranzas finales (Ap 22, 7; 22, 14). El Apocalipsis concluye, en fin, con una súplica que da fin a la entera Escritura expresando el anhelante deseo de la Iglesia y la entera humanidad: «¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20).

3. Conclusión

Dos libros muy distintos, y sin embargo muy cercanos. Los Hechos narran la historia de la Iglesia primitiva, marcada por el testimonio de los Apóstoles y la presencia de Jesús y de su Espíritu en medio de las pruebas; esa historia es modelo para la Iglesia de todos los tiempos. El Apocalipsis nos presenta, de forma simbólica, el futuro que le espera a esa misma Iglesia en el discurrir del tiempo, marcado también por la presencia del Cordero en medio de las tribulaciones, que sostiene el testimonio de los cristianos hasta su triunfo definitivo. Los Hechos empiezan en la Jerusalén terrena, el Apocalipsis concluye en la Jerusalén celestial. En esta peregrinación de la primera a la segunda Jerusalén se inscribe la vida de la Iglesia, nuestra historia.

Los dos libros, pertenecientes a dos tradiciones distintas (lucana y joánica), manifiestan la misma intuición: la historia de Jesús (el Evangelio) no está completa si prescindimos de la historia de la Iglesia. Porque la Iglesia no es sino la prolongación en el tiempo, en la historia de los hombres, de la presencia activa y misteriosa del Señor resucitado. Jesús y sus discípulos son ya una realidad única e inseparable: «yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del tiempo» (Mt 28, 20). Como dirá san Pablo hablando a los cristianos de Corinto, «vosotros sois cuerpo de Cristo» (1 Co 12, 27).

Cuestionario

1. Lee Lc 1, 35 y luego Hch 1, 8. ¿Qué semejanza encuentras entre el nacimiento de Jesús y el nacimiento de la Iglesia? *Presencia del Esp. Sto. (nacen) de él*
2. Compara Hch 4, 23-31 con Ap 6, 9-11. ¿Qué función desempeña la oración de los cristianos en el arduo camino de la Iglesia?
3. La muerte de Esteban (Hch 7, 59-60) evoca la muerte de Jesús (Lc 23, 34; 23, 46). ¿Qué conclusión podemos sacar, a la luz de Lc 6, 40? *del pueblo devoto de matanza no nos*
4. Tanto en Hechos como en Apocalipsis es muy relevante el tema del «testimonio» de la Iglesia. ¿Dice esto algo acerca de la naturaleza propia de la Iglesia, y de nuestra comunidad eclesial?

ta el día en que, después de dar órdenes a los apóstoles que se había elegido por el Espíritu Santo, fue elevado [al cielo].

Lucas, el Evangelista médico, quiso componer un «díptico» formado por la «historia de Jesús» (el Evangelio) y la «historia de la Iglesia de Jesús» (los Hechos). Son muchos los indicios que apuntan en esta dirección; uno de los principales es el que acabamos de comprobar. La historia de Jesús, por tanto, no concluye con su glorificación definitiva en el cielo. Al contrario, esta no es sino el comienzo de otra historia, no menos apasionante, que permite prolongar en el tiempo la presencia bienhechora del Señor: la historia de la Iglesia.

a. El título

Ya desde antiguo se conoce este libro como «Hechos de los Apóstoles»; en él se narra cómo los Discípulos del Señor cumplen su mandato: «seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8). Estas palabras constituyen la mejor síntesis del escrito.

En él podemos distinguir dos partes fundamentales: los capítulos 1-12, dominados por la figura de Pedro, y los capítulos 13-28, centrados en la persona y actividad de Pablo. Así el conjunto de la obra constituye un «díptico martirial» o un «doble testimonio» acerca de Jesucristo: el de Pedro y los apóstoles (cfr. 4, 33; 5, 32; 10, 39-42) y el de Pablo (cfr. 20, 24; 22, 15.18; 23, 11; 26, 16.22; 28, 23). De esta forma, indirectamente, el libro afirma la plena apostolicidad de

Pablo, que en algunas comunidades los «judaizantes» ponían en cuestión.

b. Los «hechos de Pedro» (Hch 1-12)

Al comienzo del libro aparecen los Once (Hch 1, 13), grupo al que pronto será agregado Matías (1, 26); con frecuencia aparecen unidos Pedro y Juan (3, 1-4; 4, 13; 8, 14), así como el entero grupo de los Apóstoles (2, 37; 2, 42; 4, 33; 5, 12; 5, 29; 5, 40; 6, 2). Pero el protagonista indiscutible es Pedro, al que se menciona casi 60 veces. El hombre a quien Jesús recomendara singularmente la misión de confirmar en la fe a sus hermanos (Lc 22, 32), es en los Hechos la cabeza visible de los discípulos de Jesús. Suya será la iniciativa para proceder a la elección de Matías (1, 15-26); suyo el primer gran discurso, el día de Pentecostés (2, 14-36), donde quien antes negara a Jesús (Lc 22, 54-62) concluye afirmando con fe valiente: «Sepa pues con certeza todo Israel que Dios ha constituido Señor y Mesías a ese Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (2, 36). Junto con Juan, él curará al tullido en la puerta del Templo (3, 6) y dará testimonio de Jesús ante el Sanedrín (4, 5-12; ver también 5, 27-33). A él deseaban acercarse los enfermos «para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos» (5, 15). Pedro, en fin, será quien con su autoridad declare solemnemente que los «gentiles» (es decir, los paganos, no judíos) están llamados también a entrar en la Iglesia (10, 44-48; 11, 15-18); la

historia del centurión Cornelio, que ocupa los capítulos 10-11, será el momento determinante para esta decisión, tema capital en el libro. Tras su liberación milagrosa de la cárcel (12, 17), Pedro desaparece; sólo volverá a aparecer, de forma breve pero decisiva, en el –así llamado– «concilio de Jerusalén» (15, 7).

c. Los «hechos de Pablo» (Hch 13-28)

El joven Saulo, que asistiera complaciente a la lapidación de Esteban, el primer mártir (7, 58-8, 1), se encontrará camino de Damasco con Jesús (capítulo 9): ello provocará un auténtico «terremoto» en su vida, de manera que el antaño perseguidor pasará a ser perseguido por su fidelidad a Jesús (9, 29; 13, 50; etc.). La conversión de Pablo es un episodio tan importante, que en los Hechos se narra tres veces: 9, 1-19; 22, 6-16; 26, 12-18. Quien fuera un celoso fariseo (26, 5) se convertirá en el «Apóstol de las gentes», incansable evangelizador. Es el gran protagonista de la segunda parte del libro, donde se le nombra más de 120 veces, y que gira en torno a los tres grandes viajes evangelizadores realizados por Pablo (1^{er} viaje: 13, 1-14, 28; 2^º viaje: 15, 36-21, 15; 3^{er} viaje: 27, 1-28, 31). Siempre viaja acompañado por algún colaborador cercano, como Bernabé (13, 2), Juan Marcos (12, 25) y Silas (15, 40). En algunos momentos le acompaña el mismo Lucas; ver por ej. 16, 10-18, donde el autor habla en primera persona («nosotros»). El libro concluye en Roma, la capital del Imperio, a donde Pablo ha sido

conducido para comparecer en juicio ante el César (capítulo 28); allí llevará a cabo una intensa actividad evangelizadora de al menos dos años (28, 30-31). Así la misión encomendada por Jesús al comienzo de los Hechos, que comenzara en Jerusalén (1, 8), culmina en el corazón mismo del mundo entonces conocido.

d. Pedro y Pablo: un doble testimonio coincidente

Los grandes discursos iniciales de Pedro (2, 14-36; 3, 11-26) y Pablo (13, 16-41), dirigidos a los judíos, coinciden en un punto: Jesús es aquel del que hablaron las Escrituras santas, profetizando que había de resucitar. Explicando el Salmo 16 (15) Pedro afirma que el salmista David «habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su carne vio la corrupción» (Hch 2, 31). Lo mismo dirá Pablo en su primer discurso (13, 35-36). Los dos grandes protagonistas de Hechos ofrecen por tanto un testimonio unánime acerca de Jesús resucitado. El libro de los Hechos es inexplicable sin esta certeza. Sólo la vivencia del Señor glorificado ha podido conferir a sus seguidores, antaño temerosos y desengaños, la fe valerosa que los hace capaces de afrontar tribulaciones, peligros y persecuciones por el Nombre del Señor Jesús. Porque, según la confesión de Pedro ante el mismo Sanedrín que no muchas semanas antes condenara a Jesús (ver Lc 22, 66), «en nadie más hay salvación bajo el cielo, ni existe otro nombre confiado a los hombres por el cual debamos salvarnos» (Hch 4, 12).

ÍNDICE GENERAL

Introducción	11
1. La Sagrada Escritura, testimonio de la Revelación	15 ^(*)
1. Acerca a la Escritura	15
2. La unidad de la Escritura	17 ^(*)
a. <i>Punto de vista literario:</i> <i>el Libro de los libros</i>	17
b. <i>Punto de vista histórico: la Escritura, reflejo de una historia</i>	18
c. <i>Punto de vista sociológico: el pueblo de Israel, sujeto de la Escritura</i>	19
3. El testimonio escrito e inspirado de la Revelación de Dios	19
a. <i>La Escritura no es «la Revelación»</i>	20
b. <i>La Escritura no es simplemente la Palabra de Dios</i>	20
c. <i>La Escritura es el testimonio escrito e inspirado de la Revelación de Dios</i>	21
Cuestionario	23
2. Cristo, plenitud de la Escritura	25 ^(*)
1. La relación de Jesús con el AT	25
2. Los cristianos y el AT	29 ^(*)
Cuestionario	31
3. Antiguo Testamento. I: Introducción	33 ^(*)
1. ¿Qué es el Antiguo Testamento?	33

3. Las Cartas Católicas	91
a. <i>La carta de Santiago</i>	91
b. <i>Las dos cartas de san Pedro</i>	92
c. <i>Las tres cartas de san Juan</i>	92
d. <i>La carta de san Judas</i>	93
4. Conclusión	93
Cuestionario	94
 9. Nuevo Testamento. III: Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis	95
1. Los «Hechos de los Apóstoles»	95
a. <i>El título</i>	96
b. <i>Los «hechos de Pedro» (Hch 1-12)</i>	97
c. <i>Los «hechos de Pablo» (Hch 13-28)</i>	98
d. <i>Pedro y Pablo: un doble testimonio coincidente</i>	99
e. <i>La Iglesia en los Hechos de los Apóstoles</i>	100
2. El Apocalipsis de Juan	100
a. <i>Un género literario peculiar</i>	101
b. <i>Un tema fundamental: la Iglesia</i>	102
c. <i>Un contexto: la liturgia</i>	102
d. <i>Una Iglesia fiel y en camino de conversión</i> (Ap 1-3)	103
e. <i>Una Iglesia inmersa en las pruebas de la historia</i> (Ap 4-20)	103
f. <i>Una Iglesia segura de la victoria final</i> (Ap 21-22)	104
3. Conclusión	105
Cuestionario	107
 10. Una conclusión que es un comienzo	109

Soy consciente de que el título que he dado a este libro que tienes entre tus manos, querido lector, es pretencioso: acercarse a la Escritura aprendiendo a disfrutarla. Pero responde a la intención que lo ha guiado, así que he decidido arriesgarme. Porque, desde luego, supone un riesgo.

En efecto, ¿cómo puede lograrse un conocimiento siquiera aproximado de una materia tan compleja como es ¡la Biblia eterna! en un puñado de páginas? Porque éste es uno de mis objetivos: introducir a la Sagrada Escritura, en conjunto y en todas sus partes. Y, sobre todo, ¿cómo lograr que esta presentación sea lo que reza el título: «*Acerarse a la Palabra. Breve iniciación al disfrute de la Biblia*»? En fin, si lo he conseguido o no, tendrás que juzgarlo tú.

Permitíme, eso sí, unas indicaciones iniciales. Estas páginas no se pueden leer de un tirón; están pensadas para ir paso a paso, tema a tema, y siempre con una Biblia a mano. Porque las referencias bíblicas que encontrarás no son un complemento accesorio: hay que acudir a ellas para poder comprender lo que

2. El AT en tiempos de Jesús	36 ³
3. Causas del desapego hacia el AT, y vías de solución	37
Questionario	40
4. Antiguo Testamento. II: Los libros históricos	41 ¹
1. Presentación de los libros históricos del AT	41
2. La enseñanza de los libros históricos del AT	45 ¹²
a. <i>La creación y la revelación de Dios</i>	45
b. <i>La alianza</i>	45
c. <i>La promesa</i>	46
d. <i>Una teología de la historia</i>	46
3. Lo caduco y lo perenne en los libros históricos del AT	47 ¹
4. Los libros históricos del AT y el NT	48 ¹²
a. <i>La tipología</i>	48
b. <i>El heredero de la promesa</i>	49
Questionario	50
5. Antiguo Testamento. III: Los libros sapienciales	51 ¹³
1. Presentación de los libros sapienciales del AT	52
2. «Principio de la sabiduría es el temor del Señor»	55 ¹⁴
3. La naturaleza de la sabiduría	56 ¹⁵
4. Paternidad y sabiduría	57 ¹⁶
5. Salomón y la sabiduría	58 ¹⁷
6. La Sabiduría personificada	59 ¹⁸
7. La Sabiduría y el NT	59
Questionario	61
6. Antiguo Testamento. IV:	
Los libros proféticos	63 ¹⁹
1. Presentación de los libros proféticos del AT ..	63
a. <i>División clásica de los libros proféticos</i>	64
b. <i>Cronología (aproximada) de los profetas</i>	64 ²⁰
2. La vocación del profeta	65
3. La predicación profética	67 ²¹
4. La profecía y el NT	68 ²²
Cuestionario	70
7. Nuevo Testamento. I: Los Evangelios	71 ²³
1. ¿Qué es el Nuevo Testamento?	71
2. Los cuatro Evangelios	72 ²⁴
a. <i>Un único Evangelio</i>	73
b. ... y <i>cuatro Evangelios</i>	73
3. Los Evangelios sinópticos	75 ²⁵
a. <i>El Evangelio según san Mateo</i>	75
b. <i>El Evangelio según san Marcos</i>	76
c. <i>El Evangelio según san Lucas</i>	77
4. El Evangelio según san Juan	79 ²⁶
5. Conclusión: cuatro testimonios, una realidad	80
Cuestionario	81
8. Nuevo Testamento. II: Las Cartas apostólicas	83 ²⁷
1. División de las cartas apostólicas	83
2. Las cartas de san Pablo	84
a. <i>Pablo, el fascinado por Jesucristo</i>	84
b. <i>Un extenso epistolario</i>	85
c. <i>Las dos cartas a los Tesalonicenses</i>	86
d. <i>Las dos cartas a los Corintios</i>	86
e. <i>Las cartas a los Gálatas y a los Romanos</i> ..	87
f. <i>Las cartas «de la cautividad»</i>	88
g. <i>Las cartas pastorales</i>	89
h. <i>La carta a los Hebreos</i>	90

digo en el texto y, sobre todo, para poder «disfrutar» la Escritura. Esto requiere perder el miedo a ese gran «libro de libros» y disponerse a viajar por sus páginas. Ninguna aventura es tan apasionante como leer, leer en serio; y ninguna tan fascinante para el creyente como adentrarse en la Palabra de Dios. Para esto será una ayuda el «cuestionario» final de cada tema. Como ves por el índice, el libro está dividido en nueve temas; los dos primeros son generales, luego dedico 4 temas al Antiguo Testamento (= AT) y 3 al Nuevo (= NT). Pretendo con ello dar algunas claves para acercarse a la Escritura y presentar los libros que la componen. Quizá extrañe mi forma de tratar los temas, poco «crítica» (en el sentido positivo del término). No me ocupo, por ejemplo, de discutir la autoría de los textos bíblicos –asumo en general las atribuciones tradicionales, sobre todo para el NT–; o de proponer hipótesis sobre (otro ejemplo) las fuentes del Pentateuco; o de tantas otras cuestiones propias de los estudios bíblicos. No porque esto carezca de interés o utilidad, sino por razones didácticas: considero que no es lo más adecuado para un primer contacto con la Escritura que permita disfrutarla. Esto sólo es posible cuando conseguimos apreciar su unidad y armonía internas, pese a las diferencias literarias, cronológicas y culturales de este nutritivo grupo de escritos antiguos. Pido por tanto comprensión a quien se pudiera resentir de esta laguna en las páginas que siguen.

Una última observación. Estos temas, pensados para el trabajo individual o comunitario, han sido ya experimentados por cristianos «de a pie» que han querido iniciarse en el conocimiento de la Escritura; la dedicatoria que has leído menciona a un grupo especialmente cercano, cuyo entusiasmo me ha sorprendido no poco y animado aún más. La experiencia, muy positiva, me ha movido a ofrecer estas reflexiones a un público más amplio.

Pero vayamos adelante. Iniciémonos en el disfrute de la Biblia.